

Julio 1936



Suplemento de

Abanicos japoneses de marfil y la-
ca. Mediados del siglo XIX. De la
colección del Sr. R. S. (Reproduc-
ciones del profesor, Eug. Normann.)

Blanco y Negro
N.º 34

algunos





El abanico

en nuestra
vida social

...DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XVI YA CASI NO SE CON-
CIBE UN RETRATO DE MUJER
SIN QUE ENTRE LOS DEDOS
ENSORTIJADOS LUZCA UN ABA-
NICO... (RETRATO DE DAMA
DESCONOCIDA DE PANTOJA DE
LA CRUZ. (FOTO VERNACCI)

...DE FRANCIA NOS VENÍA PE-
RIPUESTO Y ENJOYADO... (RE-
TRATO DE MADAME MOITES-
SIER, DE INGRES, QUE ACABA
DE ADQUIRIR LA NATIONAL
GALLERY DE LONDRES)

El abanico en manos femeninas no ha sido tan sólo la hoja de loto que Eva arrancara de los rutilantes jardines del Paraíso, ni la pluma de avestruz que refrescaba a las bellas de Nínive y Persépolis, ni el plumero de faisán usado en la vieja China legendaria, ni las palmetas celeste y oro de las estatuillas de Tanagra, ni el arco iris de pavo real—ahuyentador de brujerías—de damas griegas y romanas, ni el "aventalle" de oro y perlas de princesas medievales, ni las joyas de marfil calado y laca multicolor venidas del Extremo Oriente, ni las obras de arte en miniatura—fastuosas de varillaje y exquisitas en decorado—que usó la Pompadour y amó María Antonieta, ni el pai-pai criollo, evocador de rumbas... El abanico, en vitrinas y museos, estático, muerto, sin alma, podrá ser todo eso. Pero el que, palpitante de gracia y parlero de intenciones, tiembla, y charla, y suspira entre unos dedos de mujer, es mucho más. Bajo su ala leve la divina Eulalia de todos los tiempos ha aventado—a compás de su humor—risas y desvíos, desgranando al canto de las teclas marfileñas las escalas todas del eterno romance de amor. Con el arte sin par de la coquetería ha sabido arrancarle notas indefinibles: tiernas, maliciosas, apasionadas, traviesas, celosas, displicentes...

El abanico, en puños femeninos, ha sido a la vez suave paloma mensajera y avisado halcón de caza y presa.

Rico como un joyel, incrustado en oros y piedras preciosas, fué cetro en mano de reinas e infantas. Aprendió a trenzar, al pausado dibujo de las reverencias palaciegas y a los compases del minué, filigranas de gracia en el aire. Sobre los escotes lechosos y entre un comprensivo guiñar de brillantes supo latir según el color del tiempo. Con tibio rumor de hojarasca perfumada. Con aletear de mariposas de ilusión. Con decires de fuente en jardines lunares. Con bullicioso susurro de colmena revuelta. Con borbotones de hervores. Con silbido de sierpe ofendida. Con crepitar de fuegos ocultos. Con crujir de celosía que se entorna. Con brusqueza final de telón.

Si los sentimientos y las sensaciones se reflejan a veces con mayor libertad en las manos que en el rostro y si—involuntariamente—traicionan los secretos del corazón unos dedos fríos o unas palmas ardientes, un puño que se crispa o unas uñas que palpitan, ¿cómo no va a tener su lengua-



je el abanico, antena que capta las menores ondas del sentir femenino! Aparte de su aparente misión de agitar el aire en busca de frescores, el utensilio que Eva creó al arrancar la mejor hoja del Paraíso ha sido a través de las Edades escape liberador de las hadas y los brujos presos dentro de su recóndita caja de Pandora.

A compás de las modas y al diferente crujir de las faldas cambió el abanico de forma y de fisonomía. Las "donnas anticas di Spagna", y según Vercellio Cesare, gustaban en el siglo XVI de los abanicos de pluma, redondos y grandes, con mangos de oro. Así fueron, sin duda, los "ventalles" de paja labrados, de seda de colores o de oro y plumas, que usaron la católica Reina Isabel, su hija doña Juana y las damas de sus tiempos.

De terciopelo blanco era aquel con que María de Portugal, al venir a casarse con el príncipe Felipe, hijo de Carlos I de España, "se hacía ayre" y se cubría el rostro al enterarse que su novio, lleno de amoroso interés, atisbaba, oculto, su entrada en Salamanca. También es ella la primera de quien sabemos que utilizaba abanicos con varillaje plegable, como lo demuestra su retrato del Museo del Prado.

En los siglos XVII, XVIII y XIX ya casi no se encuentra una estampa de mujer sin que entre los dedos ensortijados, cerrado o abierto, luzca un abanico, que, generalmente, entona en sencillez o en opulencia con el empaque de su dueña. Y así lo vemos sobrio en días austeros. Rutilante y pomposo al acompañar ricas sedas. Con guías y varillaje indistintamente de marfil, de concha, de nácar, de bronce o de hueso, calado, tallado, dorado o plateado, incrustado con piedras preciosas, lentejuelas o acero. Con paños—debidos a veces a pinceles famosos—en que alternan escenas mitológicas con fiestas galantes, paisajes quiméricos, hechos de la Historia y orlas floridas.

Si el abanico, según la tradición, fué puesto de moda en Francia por la española Reina Ana de Austria, de Francia nos volvió peripuesto y enojado, como esas damas que van a vestirse a París. Pero soplaron aires rojos, y de allende el Pirineo también nos vino con forma de fusil y tan "avanzada" propaganda, que obligó al Inquisidor General a tomar cartas en el asunto.

En tiempos goyescos, el abanico, que era indispensable atributo de toda maja—fuese de la clase que fuese—, lucía sobre varillajes ingleses asuntos pompeyanos pintados por los artistas decoradores de las porcelanas del Retiro y de la Casa del Labrador, de Aranjuez.

En contraste con la guerra de la Independencia, que lanzó los modelos "patrióticos", sangrantes de tema y serios de aspecto, el reinado de Isabel II volvió a resucitar los fastuosos abanicos de Versalles. Nacieron los "isabelinos", grandes, lujosos y fantásticos, con espejos en las guías y lucientes bordados de lentejuela.

El fin de siglo, con los polisonos que inmortalizó Renoir, trajo los enormes abanicos de gasa, sembrados de violetas, crisantemos y pensamientos. Después, cada moda impuso su capricho. Imperaron las gasas bordadas, los terciopelos, los encajes, las telas metálicas, las lentejuelas, las cascadas de pluma. En diferentes temporadas fué nota elegante el que el abanico, la "écharpe" de tul y los zapatos de vivo color realzaran la sencillez de una "toilette" blanca o de un vestigio negro. Los abanicos antiguos venían considerándose como joyas valiosas, que sólo en grandes solemnidades merecían salir de su estuche. En quinquina evocadora de pasadas sonrisas y pasados suspiros formaban ricas colecciones que, orgullo de damas ilustres, se heredaban de madres a hijas. Destacaban por su valor histórico primero las de las Reinas doña Victoria y doña Cristina—entre los que figuraban los famosos de Isabel de Farnesio—, y después, la de la infanta Isabel y las de las duquesas de Talavera, Alba, Medinaceli, Fernán-Núñez, marquesas de Argüeso, Casa Torres y Urquijo, señora de Puncel y la de D. Félix Boix.

Célebre en su tiempo era la colección de la marquesa de la Laguna, a la que contribuían anualmente sus amigos—especialmente el marqués de Valdeiglesias y los cronistas de salones "Kasabal" y "Monte-Cristo"—obsequiándola en el día de su santo con ejemplares que, dibujados o pintados, reflejaban los sucesos más salientes del año.

Hasta época muy reciente era el abanico en la mujer española algo tan característico como el velo de ir a misa. Y desde la mocita pueblerina, que lucía el vistoso que su novio le "feriara", hasta la gran dama, que, al igual que la Reina Isabel, sabía abanicarse "con aquel su garbo y simpatía de comadre chulapona", ninguna habría concebido su ausencia.

La niña de primera comunión, al caminar entre velas y azucenas hacia el altar, lo llevaba, blanco de nácar, medido junto al rosario. Albo de varillaje e ingenuo de dibujo—visillo llamado a ocultar primeros rubores—, formaba, con el traje de tul y el "carnet" de la ilusión, el equipo de toda "debutante". Antiguo y rico era preciado regalo que, entre collares de perlas y joyas lucientes, nunca faltaba en las bodas de rumbo. De añejos encajes—Bruselas o punto de Inglaterra—, rimaba con el breve pañuelo de la novia. En las noches de gala, dejando las vitrinas, poblaba las rojas balastradas del Real. Alegre de color y castizo de dibujo, batía sus alas bullangueras en las fiestas taurinas. Sencillo y liso, era álbum que se alhajaba con versos, pensamientos y firmas. Dicharachero y promotor, con estampa de "rueda de la fortuna", fué margarita que deshojaba la inquietud. Discreto y susurrante, cantaba en la iglesia. Con repicar de castañuelas en ferias de Andalucía. Era siseo chismoso en coros de comadres. Y cairel de risas junto a bocas juveniles.

Fué hermano de la copla y del mantón. De la guitarra, del organillo y de la mantilla.

Fué cetro de feminidad y bandera de españolismo.

Hoy figura entre lo que ya no se "estila..."

CARMEN DE ICAZA



RETRATO DE MARÍA AMELIA DE SAJONIA, TERCERA MUJER DE FERNANDO VII, POR KUNTZ Y VALENTINI



nociones históricas acerca

Desde los tiempos más remotos encontramos que el abanico, formado primeramente por hojas de plantas o plumas de aves, era empleado como instrumento para proporcionar aire, para dar sombra o espantar insectos; o indicaba el símbolo de poder o grandeza, como se ve en los monumentos y bajorrelieves de los egipcios, asirios, etruscos, romanos e indios. Posteriormente, sino como joya valiosa, buscada y codiciada por los aficionados y coleccionistas de objetos de arte, pues tal vez sea el único articulo que en su confección hayan trabajado el mayor número de artistas de todos los ramos, países y épocas, como pintores, grabadores, orfebres o joyeros, esmaltistas, tallistas, doradores, etc.

También como parte sentimental o reliquia tiene nuestra simpatía, por ser la prenda que nos recuerda las fechas de fiestas familiares, casamientos, santos y obsequios de personas queridas, y rara es la casa, por muy humilde que sea, en que no se guarden algunos abanicos como recuerdo.

Mucha se ha hablado de su nombre. Según los indostánicos, era conocido por "pān'hā"; los romanos lo llamaban "flabellum", pero su origen es de la palabra latina "eventare".

No se sabe de fijo cuándo empieza a usarse el abanico en Europa. La primera referencia que se conoce es de principios del siglo XIII, pero solamente haciendo mención de los abanicos usados en ceremonias religiosas de catedrales o iglesias.

Aunque muy importantes los primitivos abanicos de mango, llamados de bandera, pantalla o veleta, sólo serán objeto de nuestro estudio los abanicos plegados, dando a conocer muy someramente las características más salientes de estos abanicos para facilitar el conocimiento de sus distintas épocas y rareza.

El abanico plegado fué importado de China o Japón en el siglo XV, como lo demuestra el que en todos los abanicos de este período se imitaron las decoraciones del Extremo Oriente; fué introducido por primera vez en Europa por la península Ibérica, y así encontramos que ya en el siglo XVI su uso está muy generalizado en Portugal, España e Italia.

En el siglo XVII los varillajes eran de concha, marfil, nácar, madera y hueso; de 18 a 20 varillas con incrustaciones de nácar o concha y finamente claveteados ("pointillés") en oro o plata; la voleta muy gruesa y, en general, finamente tallada; el país, en piel gruesa, con asuntos en su mayoría mitológicos o bíblicos. Todos los abanicos de esta época son muy valiosos, sobresaliendo los dibujados a pluma con tinta china.

Siguen en importancia los llamados "brisés" (baraja), que están formados por varillas de marfil o hueso tan grandes como las guías, unidas por una cinta o cordón, y una de su principal decoración consiste en estar enriquecidos con adornos de papel estampado y dorado ("papier gaufré").

En el siglo XVIII, los llamados Luis XV son de

mayor vuelo que los anteriores; los varillajes, menos severos y de forma irregular, finamente tallados, predominando los adornos de "rocaillés", personajes y ramas de hojas y flores; tiellen la voleta más fina. Los países, en piel fina o papel, con graciosas escenas de estilo Boucher, Watteau o Van Loo.

Dentro de esta época hay tres variedades, que por lo escasas y valiosas son muy buscadas por los coleccionistas; son éstos los abanicos llamados "Pompadour". Dió dicha marquesa su nombre a una variedad de abanicos cuyo varillaje, esculpido en nácar y marfil, estaba cubierto de pinturitas delicadas. "Cabriolet", abanico de dos o tres países, ridiculizando el coche llamado así, que en esta época hizo furor. "Vernis-Martin", abanicos de baraja, de marfil, primorosamente pintados y en los que se aplicaba el célebre barniz descubierto por los cinco hermanos Martin: Guillermo, Simón, Esteban, Juan y Roberto, a los que deben su nombre.

El estilo Luis XVI fué muy diferente de los anteriores; sus países son, generalmente, en seda finamente pintados, y están recargados de bordados en lentejuelas de diversos colores, hilados de oro, plumas o pajás. En esta época se dan los dos extremos: o son de una gran suntuosidad o de una sencillez encantadora. Los varillajes siguen el ritmo del país, y así sucede que los hay muy anchos y con preciosos medallones tallados, o son de varillas estrechas y sencillas. Cuentan los historiadores que la Reina María Antonieta era muy aficionada a los aba-

del abanico

por Cipriana Cuesta de Vindel.

ABANICO LUIS XIV, DE VARILLAJE DE MARFIL, TALLADO Y CALADO; LA VOLETA MUY IMPORTANTE REPRESENTA, POR EL LADO ANTERIOR, LA CABEZA DE UNA N.ªA. PRIMOROSAMENTE TALLADA, Y POR EL LADO POSTERIOR, UNA CONCHA.

CRISTINO O ROMÁNTICO, VARILLAJE DE NÁCAR Y LENTEJUELAS DE ACERO. PAÍS "TIPOS ESPAÑOLES".

ABANICO IMPERIO, DE VARILLAJE DE ASTA, CON DORADOS. PAÍS DE SEDA BORDADO CON LENTEJUELAS DORADAS. REPRESENTA UNA DAMA, CON LA CARA DE MARFIL.

nicos de marfil finamente miniaturados. Los llamados "imperio" son tan reducidos de tamaño, que más bien que para usarlos, parecen un adorno más de las galas de las damas. El país suele ser de gasa, seda o tul muy recargado de lentejuelas, encontrándose en algunos lentos o lunetas.

Los "Románticos" o "Cristinos" son también de tamaño pequeño (no siendo en su última época, que se agrandan hasta confundirse con los isabelinos); los más característicos son los de metal calado, bronce o acero, las guías también de metal, decoradas con piedras de diferentes colores y finamente cinceladas. Los países son en papel grabado o litografiados e iluminados la mayoría de las veces a mano con colores muy chillones. En esta época, los abanicos y asuntos de sus países son infinitos, ya políticos, de costumbres populares, teatrales, taurinos, musicales o Rossinis, loterías del amor, etcétera, etc., y tal vez fué debido esto a que en dicha época las flores y los abanicos eran los únicos objetos que tomaba una muchacha como obsequio sin sonrojarse.

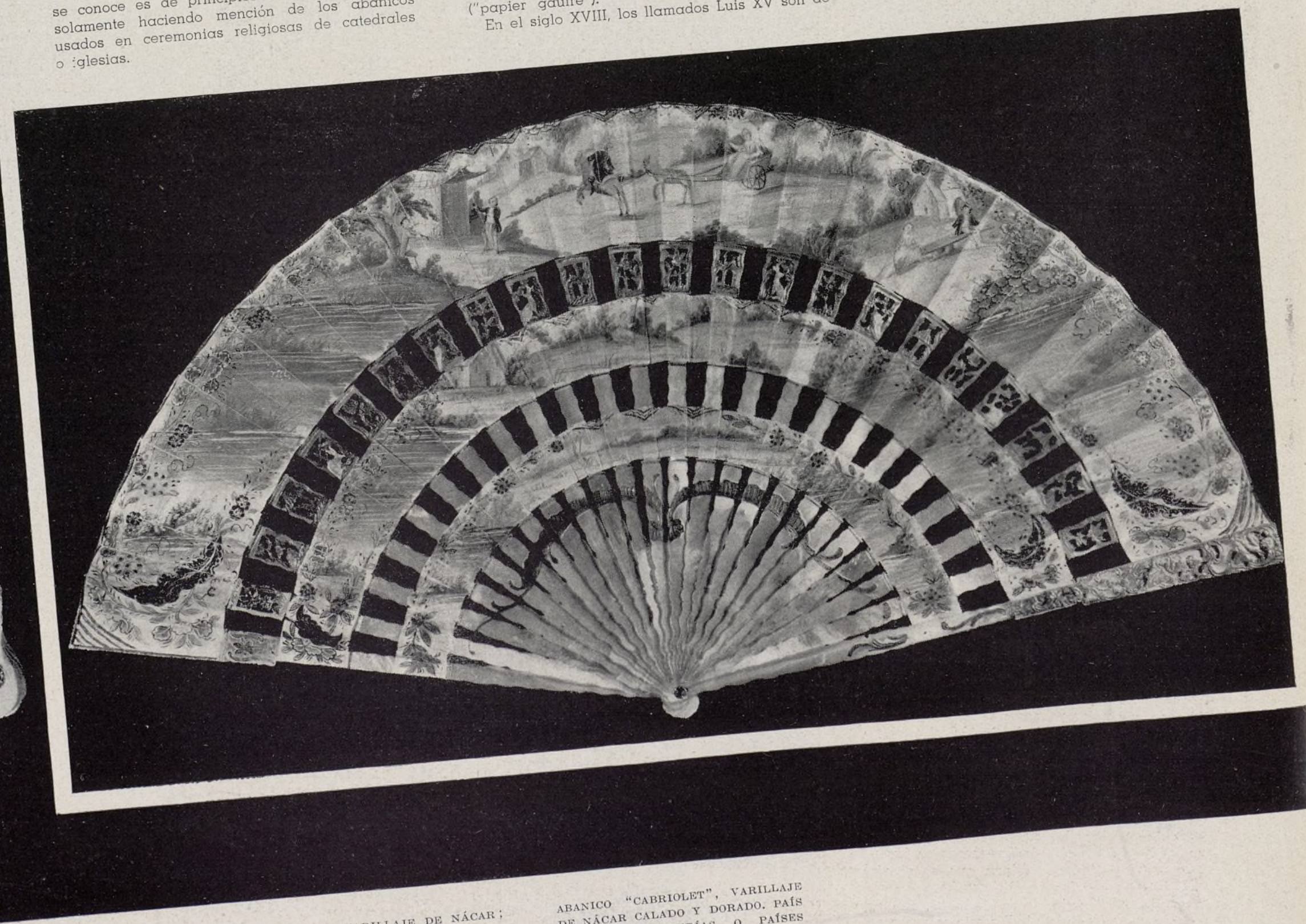
Los abanicos "isabelinos" son ya de mayor tamaño que los anteriores, copian en sus países, de seda o papel cromolito, escenas versallescas, y sus pesados varillajes están muy recargados de dorados; las guías suelen estar enriquecidas de espejos, pedería o camaleones.

Y, por último, el período "alfonsino", constituido por los abanicos llamados "pericones", con países de raso, gasa o encaje, de tamaño grandísimo. No siendo que estén pintados por algunos de nuestros celebrados artistas de fines del siglo XIX, en general carecen de interés.

Recordaremos también los abanicos llamados "orientales", muy interesantes y buscados; no faltan en ninguna colección importante, son conocidos vulgarmente con el nombre de abanicos chinos o japoneses, pero su estudio merece capítulo aparte.

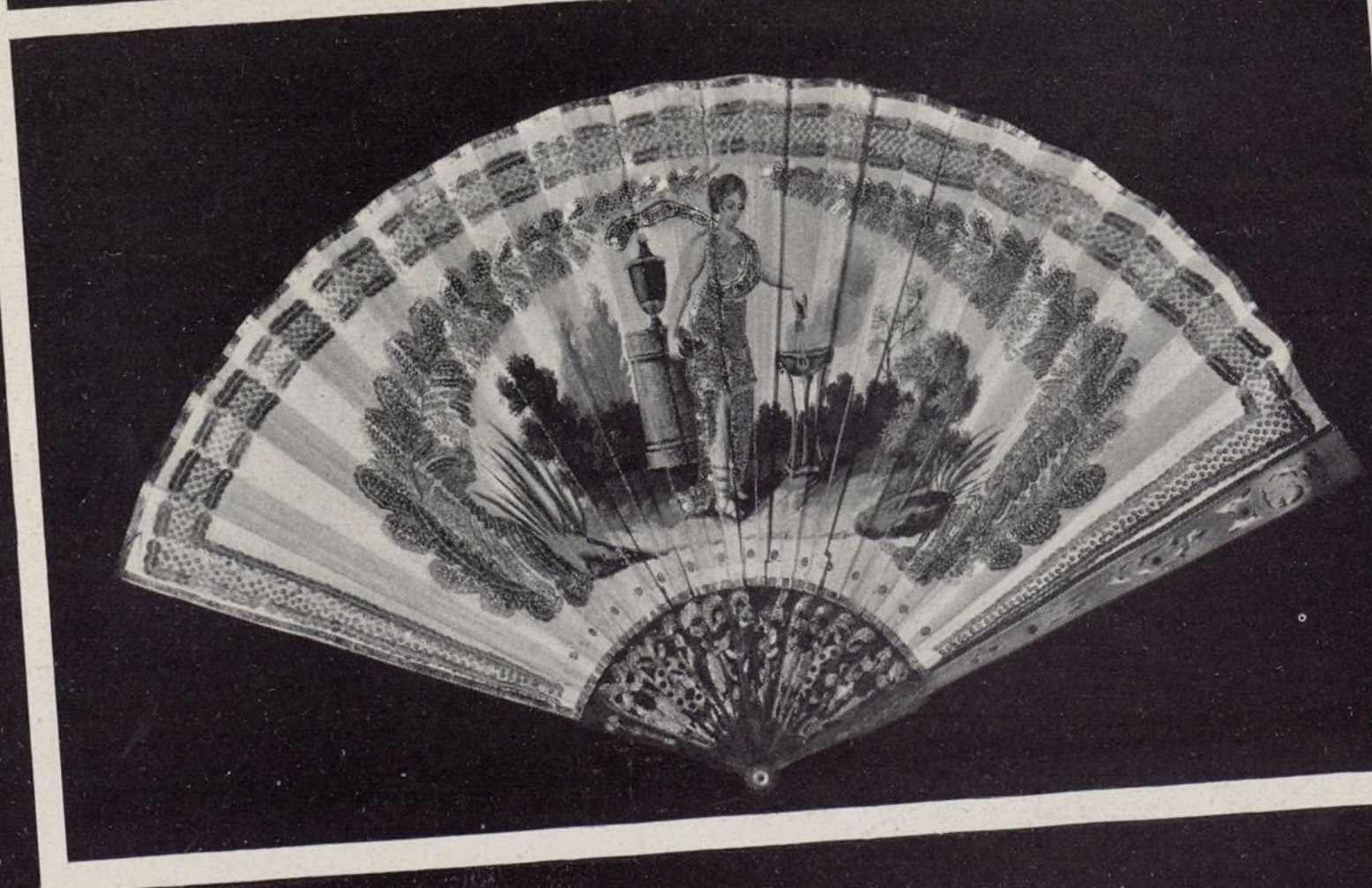
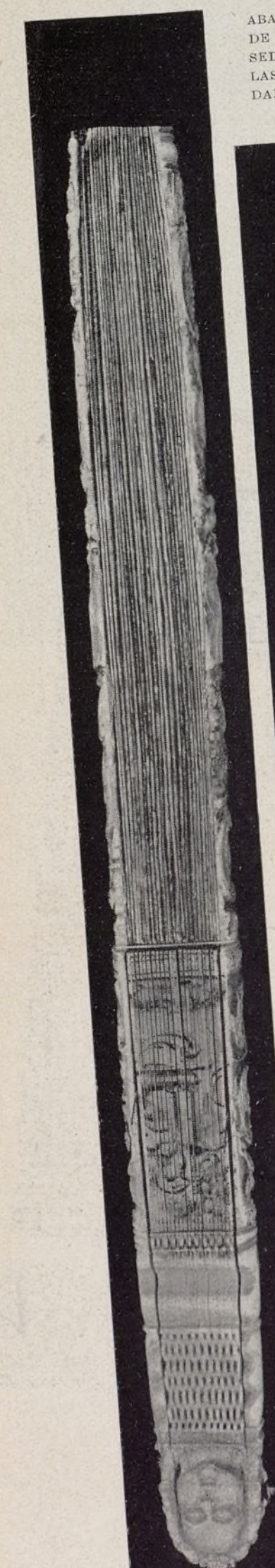
En todos los países ha habido y hay colecciones muy importantes de abanicos; señalaremos en primer lugar a Inglaterra, donde se han celebrado las más bellas exposiciones, siendo España el país que le sigue en importancia, por la cantidad y calidad de coleccionistas que siempre ha habido en nuestro país; entre los cuales citaremos a D. Félix Boix y Merino, que coleccionó abanicos populares, dando un buen número de ellos al Museo Municipal de Madrid, siguiendo la colección, muy aumentada, en poder de su hija, la señora de Escoriaza la Sra. de Muguero de Puncel, quien también a su muerte legó al mismo Museo una valiosa representación de todas las épocas; muy importantes son las colecciones de la difunta señora de D. José de Lázaro Galdiano, marquesas de Benicarló, Argüelles, Urquijo, Sra. de García Mansilla y señores Sardá y Parera y Prats. En Bilbao, la señora de Arteche; viuda de Lezama Leguizamón y D. Javier de Aznar; en Barcelona merecen citarse las de las señoras condesa de Lacambra, Regardosa de Torres y las de los Sres. Montaner, Rocamora y Salvans; en Andalucía existen también colecciones muy importantes. Para terminar, diremos que si el coleccionismo es índice de cultura, España, desde el punto de vista del abanico, no tiene nada que envidiar a ningún país.

CIPRIANA CUESTA DE VINDEL



ABANICO LUIS XV, DE VARILLAJE DE NÁCAR; LA PARTE SUPERIOR DE LAS GUÍAS ESTÁ CONSISTIDA POR FINÍSIMOS ESMALTES DE LIMOGES.

ABANICO "CABRIOLET", VARILLAJE DE NÁCAR CALADO Y DORADO. PAÍS CON TRES GALERÍAS O PAÍSES.



EL ABANICO DE

KAN-SHI

(LEYENDA CHINA)



...y se llama Kan-Shi.

Nunca alumbrara
el pajizo sol de su Oriente,
ni más claro marfil que el de su cara
ni espejo más bruñido que su frente.
Adormiladas y tranquilas,
bajo los finos arcos de sus cejas,
las de húmedo azabache recatadas pupilas
creyéransse venir de lejanas
regiones de ensueño y de bruma,
al poner sus caricias sobre todas las cosas
como vuela en la ola el crestón de la espuma,
como sobre las flores tiemblan las mariposas
o se mece en el vieno una pluma.
En dos cuencos de nácar diez jazmines de nieve,
florece en sus manos la gracia
de una esencial aristocracia
sutil, fragante, misteriosa y leve:
cuidan los pájaros cantores
en jaulas de irisados cristales
y saben amortecer dolores
lo mismo que plantar rosales,
o echar granos de arroz, como perlas menudas,
al estanque de plata donde bullen los peces,
o—a la par elocuentes y mudas—
mover las finas piezas de ricos ajedreces,
o en salvillas de laca donde fieros dragones
enroscan la escamada viruta de sus colas
y flores de una flora de incógnitas regiones
entrecruzan sus tallos y estallan sus corolas,
tras la leve esterilla de la leve persiana
—fino estumino que la luz suaviza—,
servir del té la clara luz obriza
en tazas de pintada porcelana...
Cuando sale en su palanquín,
el del bordado baldaquín
donde cien campanillas de plata resuenan,
para verla, de gente se llenan
todas las calles de Pekín;
pero ella esquiva el mirar curioso
y se cubre el rostro risueño
con el fino cendal vaporoso
de un recatado velo sedoso.
Búcaro fresco de juventud
de su propia flor virginal,
es arca de toda virtud
en su blanco palacio de mármol y cristal,
donde su padre, el mandarín
Ta-Lai-Té, por darle recreo,
le ha ofrecido el encanto de un jardín
donde el vívido y claro serpenteo
de un riatillo que entre el césped se pierde
y de exóticos pájaros el pintado plumaje
y un quiosco escondido entre el ramaje
de la tupida fronda verde,
y la dorada y palpitante estela
que filtran los bambúes del seto,
y de rústicos troncos graciosa pasarela,
y el pececillo de coral inquieto
y el pétalo que vuela
a contar de las rosas el secreto
a la nube de rosa,
de su perfume y su color celosa,
son deleites que jalonan sus días
de sol claro y sus noches bordadas de diamantes,
bajo mil surtidores estallantes,
junto a los policromos macizos de peonías
y azaleas y rosas fragantes,
sobre bancos de abenuz y alcayoba,
en glorieta sombrosas donde desde sus nidos
ruiseñores galanes de su amor encendidos,
tiran piedras de música al cristal de su alcoba...

Pues... cuenta una crónica antigua
que nacida de incógnita pluma
con olor de leyenda hoy la mía perfuma
y con fe de cien siglos se atestigua,
que la bella Kan-Shi asistía
en su jardín una noche a la fiesta
de las antorchas.

Se prendía
de miriadas de rojos faroles la floresta,
y a la doncella daban compañía



diez mil doncellas más, sus compañeras
en virtud, discreción y pudores,
recamadas de sedas y tocadas de flores,
como diez mil vivientes primaveras.
Músicas deliciosas poblaban los jardines
sobre la inquieta pauta del surtidor sonoro;
y junto a los hieráticos "Jefes del Yelmo de Oro",
destellaban sus ricas batas los mandarines.
En copas de diamante, sorbetes
de grosella, y manzana, y canela;
y en calados caolines, pebetes
trazando ante los pórticos de los áureos templos
la ingreve geometría de su aromada estela.
Kan-Shi, recatada y prudente,
cual las demás, oculta la cándida mejilla,
según la costumbre de Oriente,
con la terciopelada maravilla
de una pequeña máscara, estrellada
con lentejuelas en menudos bordados,
que deja solo a la voraz mirada
varonil, la sutil lanzada
de los oblicuos ojos ignorados.

Pero Estío encandece su horno;
y al espeso calor de sus flamas,
se sofoca con vivo bochorno
el celado marfil de las damas.
Mas ninguna, entre todas, se atreve
a quitarse la máscara odiosa:
que ocultar a los hombres se debe
el candor de la faz pudorosa.
Los cincuenta agujones de plata
que el pesado peinado embalamen:
y el cruel brocatel de la bata
que prolijos recames abrumen:
y el calor de farolas y gente,
y el tener contra el rostro sujeta,
desde el labio reseco a la frente,
celadora y tenaz, la careta,
a la frágil Kan-Shi, ya no pueden
infligirle más duro tormento,
ni el reposo fugaz le conceden
de una ráfaga tenue de viento,

que en su carne frescuras aflore
mitigando el ardor que la abrasa
y en su sien el sudor evapora
con alada caricia de gasa...

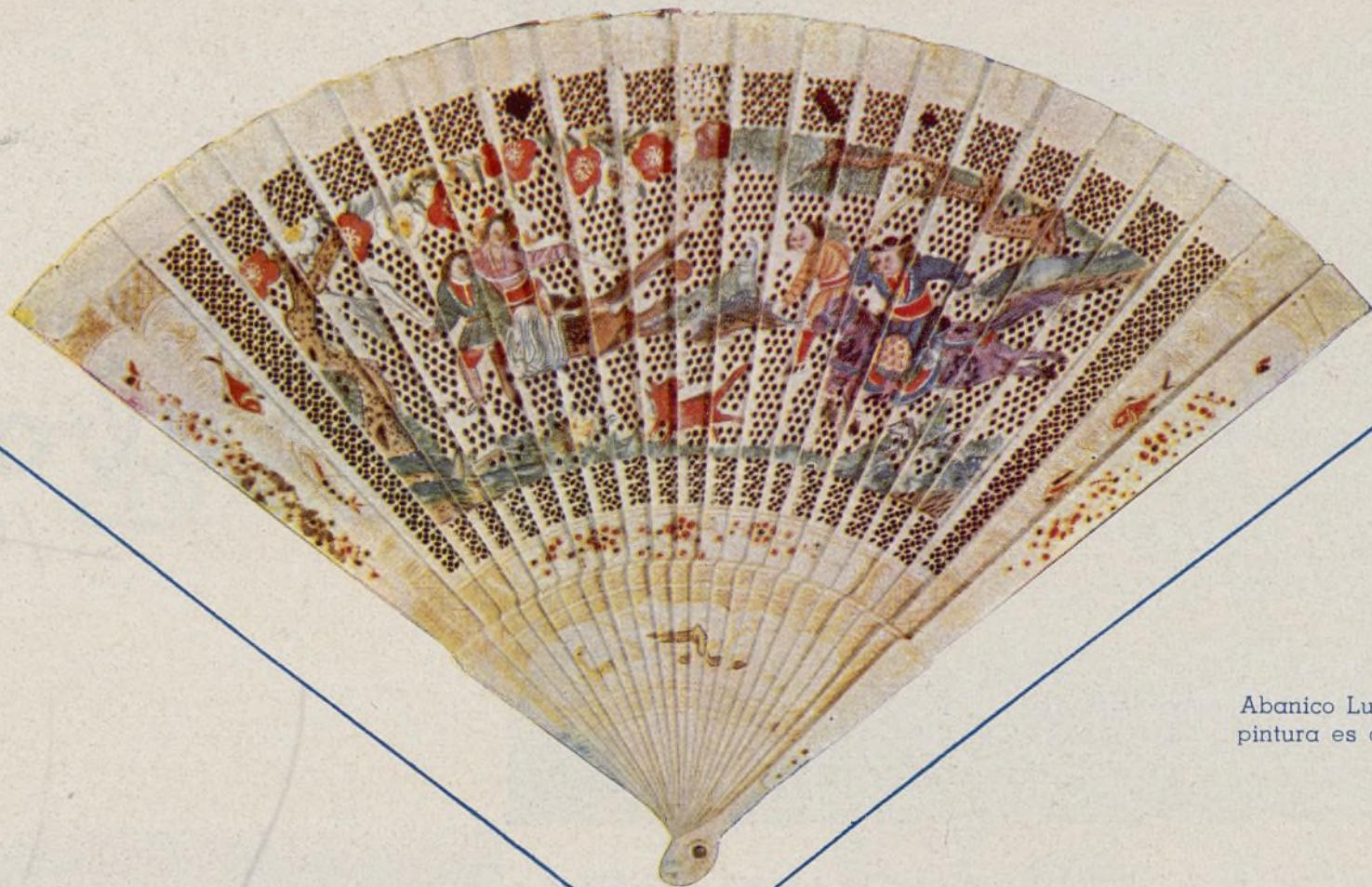
Pero Kan-Shi discurre un arbitrio ingenioso
para airear de su tez el ascua viva,
al mismo tiempo que la esquiva
al varonil mirar codicioso:
el pesado antifaz se quita;
mas teniéndolo cerca de la cara,
mientras con su tupido terciopelo se ampara,
para darse aire lo agita
con tan movido y rápido aleteo,
y tan graciosa y señorial finura,
que sin mostrar del todo su hermosura
ni del todo esconderla, más enciende el deseo.
Sus diez mil compañeras imitan,
cedo, a la hija del mandarín;
y como, a un tiempo, todas sus máscaras agitan,
parecen revolotar sobre el jardín
diez mil nerviosos pájaros que, en tremolante vuelo,
traen prendido en su pico
el recién inventado modelo
de otra arma femenina: el abanico.

Así cuenta la crónica antigua
que nacida de incógnita pluma
con olor de leyenda hoy la mía perfuma
y con fe de cien siglos se atestigua.

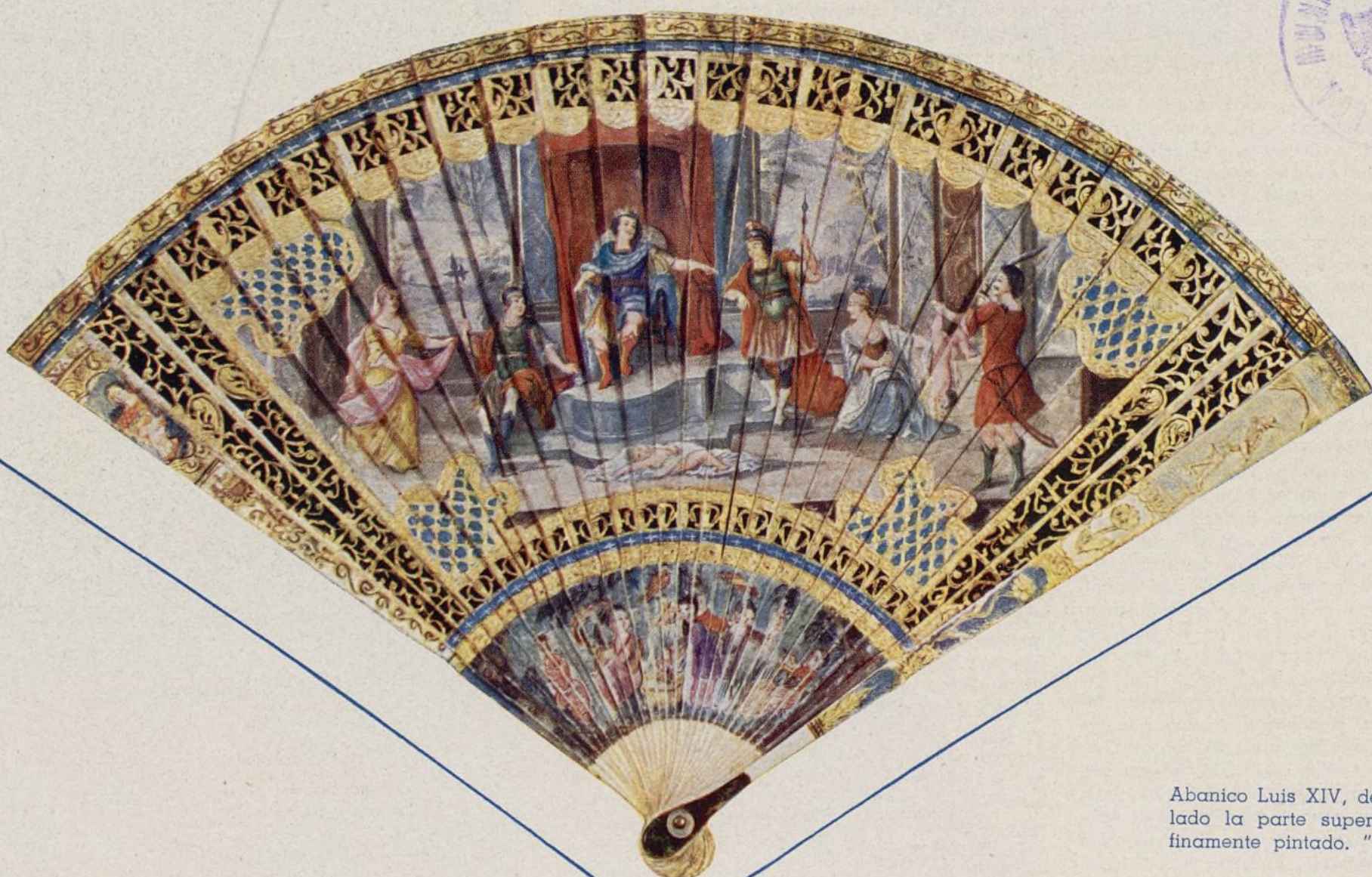
ENVIO

Mujer de hoy, que tras el vivo
palpitar de una vitela,
lo que finges de cautela
aderezas de incentivo:
cuando en el rojo verano,
el calado varillaje
de algún abanico, alhaje,
cetro de reina, tu mano,
oye qué pido de ti:
que abras en tu corazón
un recuerdo de emoción
para la bella Kan-Shi.

MANUEL DE GONGORA



Abanico Luis XIII, de baraja, en marfil calado; la pintura es de estilo Oriental, escena de cacerías.



Abanico Luis XIV, de baraja, en marfil, calado la parte superior y lados, el centro finamente pintado. "El Juicio de Salomón".



Abanico Luis XIV, de varillaje de concha, claveado y repujado en oro. País de piel gruesa. "Armidés desciende del caballo entre campesinos".

(DE LA COLECCIÓN DE
LA SEÑORA DE V. RE-
PRODUCCIONES DEL
PROF. EUG. NORMAN)



Aunque pudiera decir, con la fórmula de los historiadores fáciles, que el abanico oculta su origen entre la bruma de los tiempos más remotos, y diría una verdad, pues que desde que la Tierra da vueltas en torno al Sol, como una tonta, y el hombre se irguió bípedo en ella, se abanicaron egipcios, y griegos, y romanos, y chinos, y japoneses, a mi pláceme en esta coyuntura considerarlo como prenda exclusivamente española, casi como la guitarra, que los antiguos llamaron cítara hispánica. Ya sé que no estoy en lo firme, que en Europa llegó al mismo tiempo que a España, a Francia, Italia y Portugal; pero si me atrevo a afirmar que ni las mimosas bailarinas de "fados", ni las matronas de Roma, ni las "guagliónas" de Nápoles, ni las propias marquesas de Versalles, lo agitaron jamás con el lindo donaire y con el proteico expresismo con que lo movió Carmen, "la Cigarrera", en los tendidos de la plaza de Sevilla, para encandilar al torero y darle "achares" al dragón. Por eso es, en el coo taurino, un elemento más, y de los más preciosos, para la gran fiesta del color. Repito el adverbio adrede, y no por descuidos de la mano y del oído, para que el segundo "más" aumente y pondere también la calidad. En el gran anillo vivo del anfiteatro, partido de sombra y luz, cobre y oro, donde se apiña ávida una muchedumbre de gentes de toda condición, lucen como joyas los tonos gayos de los abanicos, y hacen variopinta la gran mancha humana, y son la alegría dionisiaca de la tragedia posible y probable, y, cuando ésta ocurre, son sus pliegues como canales de lágrimas y en los minutos de triunfo alguno hasta suele volar del graderío a la arena, según una paloma que llevase un mensaje de amor para el beluarío de seda. Claro está de que a condición de que sea un abanico de mujer; porque también los usan los hombres; pero éstos no cuentan ni en la emoción ni el premio. Son estos abanicos, de país circular y no en segmento, al modo de los japoneses, aunque plegables, una circunferencia completa, cortada por un solo radio, sin varillaje, y han de abrirse y cerrarse con las dos manos, y no con el movimiento gracioso y casi imperceptible de una sola, por un hábil juego de la muñeca, como despliegan las mujeres el suyo, según la cola soberbia, con los cien ojos de Argos, el pavoreal. A aquéllos también quise referirme, baratos abanicos, útiles y prácticos, sin alegría, que en las plazas de toros suelen vender o regalar almohadilleros y anunciantes de comercio, cuando en la locura de unos pobres versos me atreví a escribir:

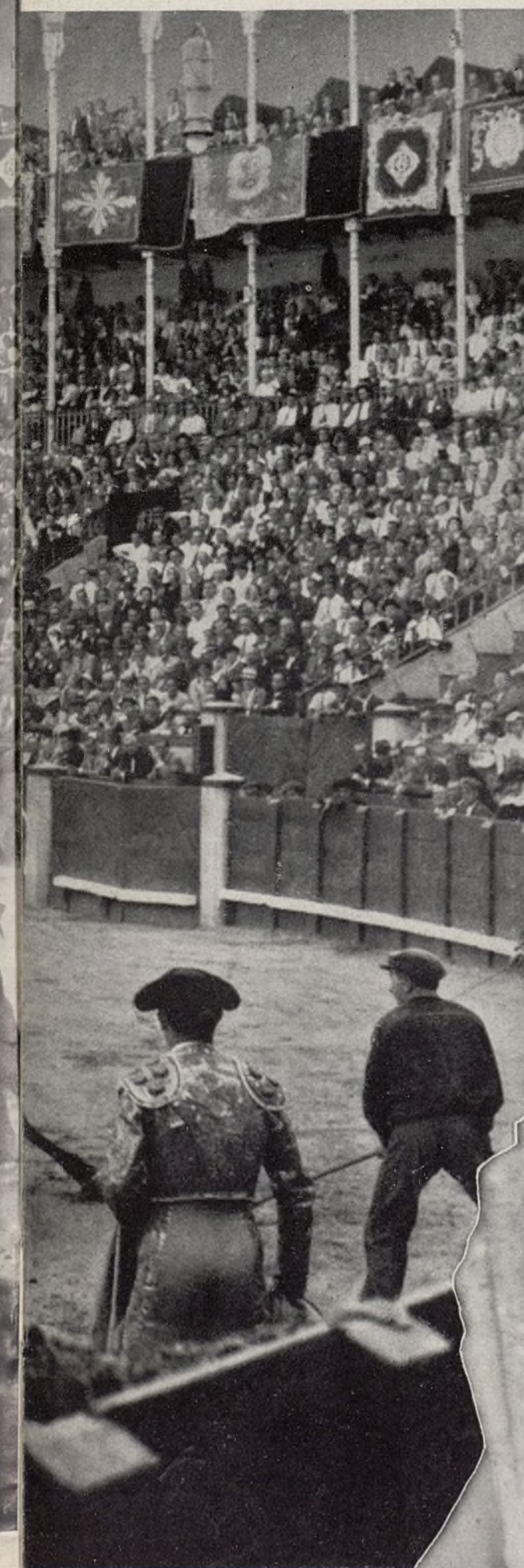
*"Clavada al suelo,
donde la valla cerca la arena,
parche moreno,
está vibrando la pandereta;
en el tendido
los abanicos son las sonajas".*

Pero el abanico no es prenda propia del hombre, y por eso se hermana tan mal con el cigarro, que la cabeza del fumador sólo se concibe envuelta en humo, sin agente extraño que pueda disiparlo. Quiere el abanico una mano que tras-

cienda a jazmines y no a tabaco, y un tintinar de pulseras que musicalice los zumbidos del aire, y la prolongación de un brazo eburneo, como el cuello de un cisne que con el pico lo trajera prendido. Porque el abanico es prenda esencialmente femenina; que le refresca a la mujer los sofocos de su natural asustadizo y le evapora el sudor que perla de rocío inoportuno las rosas aterciopeladas de su tez, y mitiga como una pantalla la llama de rubor encendido, y le oculta como una máscara la conmovida palidez, y así es vislito y celosía para la esgrima de sus coqueteos y complemento indispensable, hermano de la peña y la mantilla, en el dondrioso atavío de majas y manolas. Mejor siempre, en la calle y en la plaza, en el paseo y en el sarao, que la raqueta de "tennis" y que los bastones de "golf", en "carcaj", sin ser flechas de amor, con que nuestras Venus modernas se disfrazan de Dianas Cazadoras, masculinizadas de agilidad fuerte, varonas y no niñas, sin el aire ondulante, blando e ingravido, con algo de pez y de pájaro, que era el encanto de las sirenas hermanas de Afrodita. Pero en la plaza de toros, al abanico no le valen plumas, y ha de ser de seda o papel; grande como aquel de las "geishas" niponas, pero español, como aquellos que nuestras abuelas llamaban "pericos"; a ser posible con un país de Goya, o de Fortuny, o de Madrazo, o de Sorolla, o de Roberto Domingo, y "reversible" o de "baraja", que pueda abrirse a derecha e izquierda, para que en el continuo sucederse de los movimientos que lo pliegan y despliegan finja como un constante aleteo de sobresalto y de aplauso en la grandiosidad trágica, sólo posible y probable, de la fiesta magnífica. Señal en el mudo lenguaje amoroso; consuelo en el acaloro del susto; portillo que se cierra para que no escape ruidoso el suspiro; palma que se abre en el triunfo para que sobre ella suene el entusiasmo; coraza del corazón ansioso y barrera ante la visión sangrienta "para ver y no ver" a la vez, y mirar sin querer, y estar sin querer queriendo, el abanico español que la mujer lleva a las plazas de toros ha de tener las varillas separadas, con luz entre ellas, como aquellos otros, franceses, de la época de Luis XV, cuyos paños decoraba Boucher. Sólo así la mujer española, la mujer andaluza, que andaluza y morisca es la fiesta, donde es reina y sultana, será absolutamente ella, sin que nada le manche el casticismo, y ya junto a la cuerda de la barraca, ora en el escaparate de una delantera de grada, cuando en la balconada de un palco, estará siempre en su ambiente y dentro de su marco, asomada cautelosa y ansiosa tras de la reja florida que le finge el varillaje de su abanico. Acaso el espada victorioso, que peleó por majeza enamoradiza, verá tras de una jaula, prisionero sólo para él, un pájaro de amor; pájaro implume, de carmín vibrante, en forma de corazón; minúsculo corazón, como un capullo, que para premiarle se rompe al fin en la flor de una sonrisa.

FELIPE SASSONE

el abanico en la fiesta de Toros





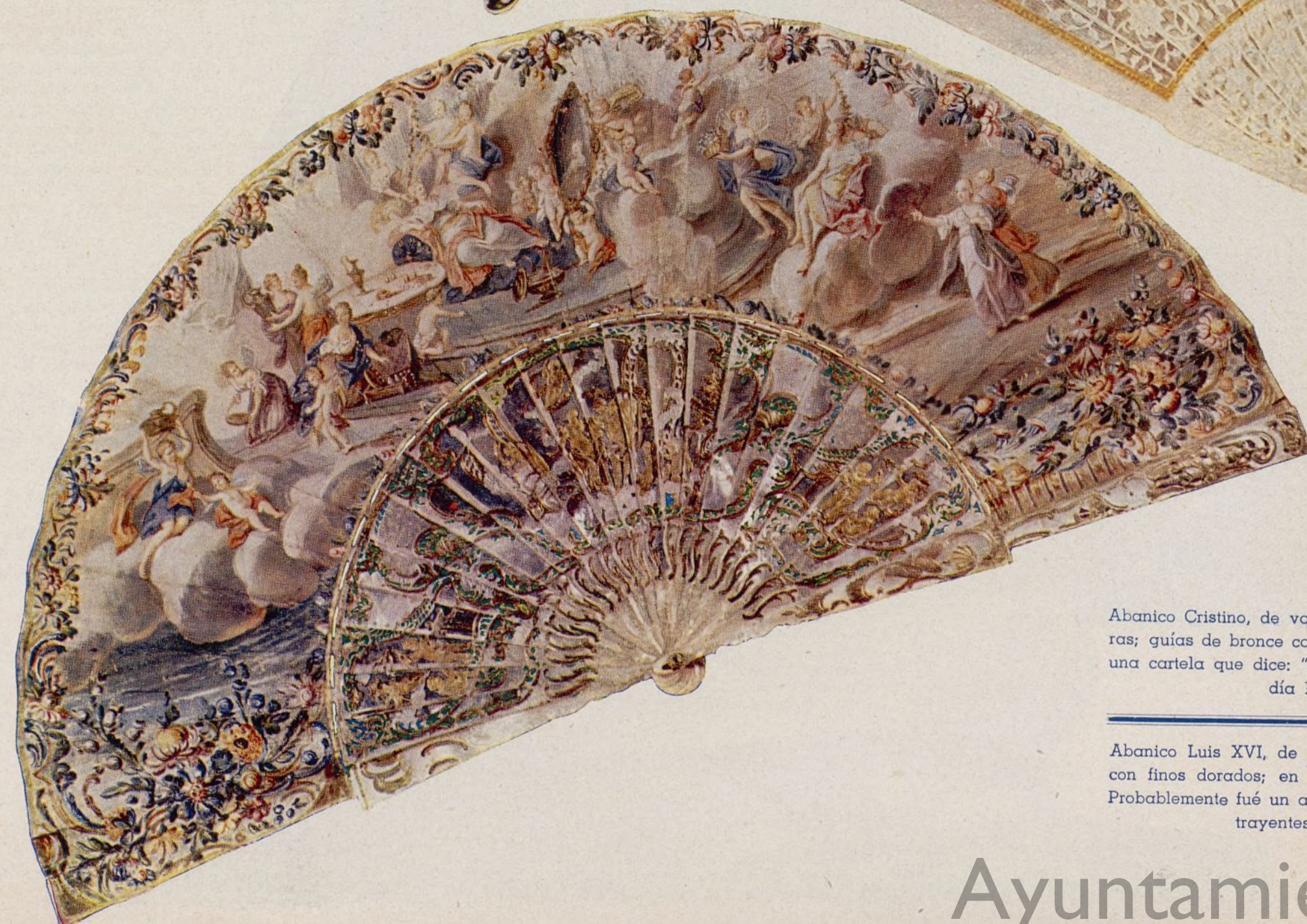
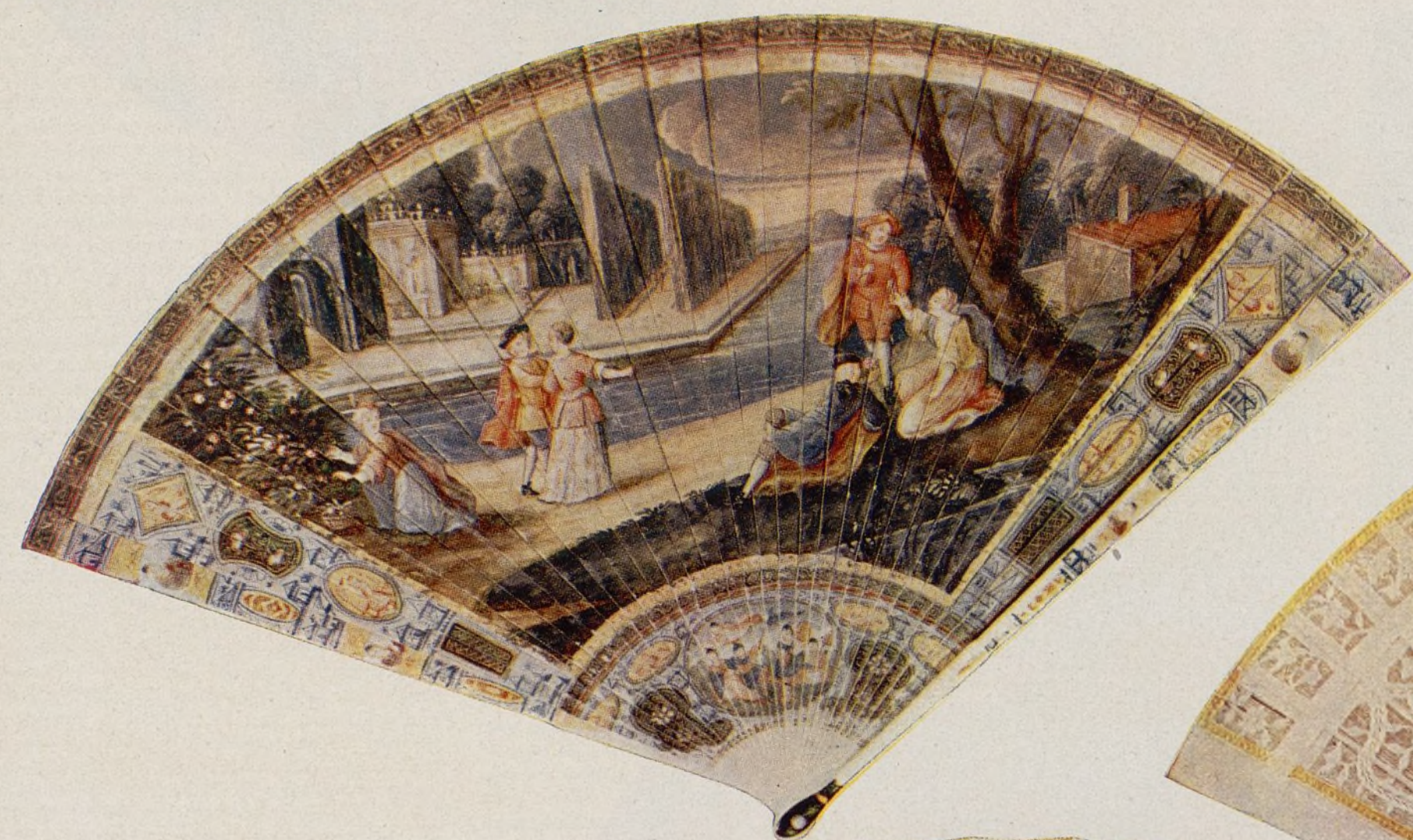
Abanico "Pompadour", de varillaje de marfil, nácar y bonitas pinturas de asuntos de caza a los extremos; en el medallón central se repite el asunto del país, el cual está finamente pintado, con preciosa e importante orla formada con talocs de nácar, de asunto cinegético.

Abanico "Vennis-Martin", con escena versallesca.

Abanico Luis XV, de varillaje de nácar calado y dorado; Venus y Marte tallados en medallón central, así como las guías. País, "El tocado de Venus".

Abanico Luis XVI, de baraja, en marfil calado como un encaje, con tres medallones finamente miniados.

Abanico isabelino de varillaje de hueso, con un gran medallón cromolitografiado; en la guía, espejo; país de papel con escena galante.



Abanico Cristino, de varillaje de nácar calado, con dorados y pinturas; guías de bronce con aceros y turquesas. País, "Fernando VII", y una cartela que dice: "Une para siempre la España a la Francia el día 1.º de septiembre de 1823".

Abanico Luis XVI, de varillaje de nácar con personajes tallados y con finos dorados; en el mismo varillaje, dos preciosas miniaturas. Probablemente fué un abanico "de boda", con los retratos de los contrayentes. País, "El festín de Baltasar".

Ayuntamiento de Madrid

(DE LA COLECCIÓN DE LA SEÑORA DE V. REPRODUCCIONES DEL PROF. EUG. NORMAN)

EN LOS VIEJOS GRABADOS QUE REPRODUCEN CUADROS DE WATTEAU, SE VE CON FRECUENCIA UNA FIGURA FEMENINA QUE FINGE DISTRAERSE CONTEMPLANDO SU ABANICO, MIENTRAS ESCUCHA EMBELESADA LAS PALABRAS ARDIENTES DE ALGÚN GALÁN

EL LENGUAJE DEL ABANICO

L'ARTISTE



BON VOYAGE Gravée d'après le Tableau original peint par Watteau, de même grandeur. Avec Privilège du Roy.



CONCEPCION RUIZ

ENTRE LAS MANOS DE LAS ARTISTAS COMO ENTRE LAS DE LAS DAMAS, EL ABANICO HA SIDO, A TRAVÉS DEL TIEMPO, UN COMPLEMENTO INTERESANTE Y EXPRESIVO DEL ATAVÍO FEMENINO

No cabe aquí hacer siquiera insinuaciones a la historia del abanico, a cuya ligera gracia le hace hoy oportuno y conmovedor homenaje "Blanco y Negro". Pocas prendas—yo le llamo así, con riesgo de engaño—tendrán, sin embargo, una más lucida y expresiva historia, un más nutrido y curioso anecdótico. Asocia, rival de la mantilla, el cuadro magistral de una época y el cromo enterneado de otra. Alienta en nuestra memoria la pradera de las duquesas manolas y de esas damas del teatro Real que, en el marco de "pelouche" de su tiempo, refugiaban en los abanicos su boca mordida de palco a palco por los gemelos indiscretos de un arrogante galán cuyo corazón se alborotaba a los compases de la marcha de "Carmen".

Tuvo el abanico su lenguaje, como lo tuvieron los bastones de la conspiración. Los conspiradores políticos jugaban delante de la Policía burlada con sus bastones, comunicándose entre sí órdenes secretas gracias a un lenguaje sutil manejado con ágiles ademanes de pisaverde. A este arte de la comunicación se le bautizó nada menos que con el nombre estupendo de "campilogía". ¡Época ingenua y limpia como una pechera de frac, que reluce, luce y seduce en el limbo pintoresco de nuestra estimación retrospectiva!

El abanico tenía su lenguaje de más fino encanto que el del bastón, porque era un lenguaje de conspiración de amor y no de conspiración política. He aquí un lenguaje olvidado ya, porque el crimen de nuestra época es el continuo asesinato del misterio, como si quedara algo en la vida que mereciera la pena de vivirse sin ser obscuro o empezar en secreto o desembocar en el túnel admirable de lo clandestino y difícil.

En este idioma del abanico, aparte del lenguaje "dactilológico" tocando con los dedos puntos convenidos con letras y aun con frases, existían expresiones de amor maravillosas y vulgares, tímidas y audaces, de las que podían servirse la coquetería y la prudencia, el noviazgo y el delito de las engañadoras que veían languidecer de afán a la orilla de sus lunados escotes Armandos y Federicos prontos a morir en duelo o a emprender fugas fantásticas, "hall" natural de un matrimonio obstaculizado.

Apoyando los labios en los padrones del abanico, la dama mostraba su desconfianza, y esta frase mímica equivalía a decir: "No me fio" o "Nos vigilan", etc.

Si la dama se abanicaba con mucha lentitud demostraba así su indiferencia.

Si se abanicaba con la mano izquierda decía con esto a su galán: "No coquetees con esa".

Cuando llevaba el abanico a su frente fingiendo quitar con él cualquier estorbo de su cabello, el ademán amoroso imploraba un "No me olvides". Y dándose golpecitos con el abanico sobre la frente, también una interrogación mimosa demandaba: "¿Me olvidarás?"

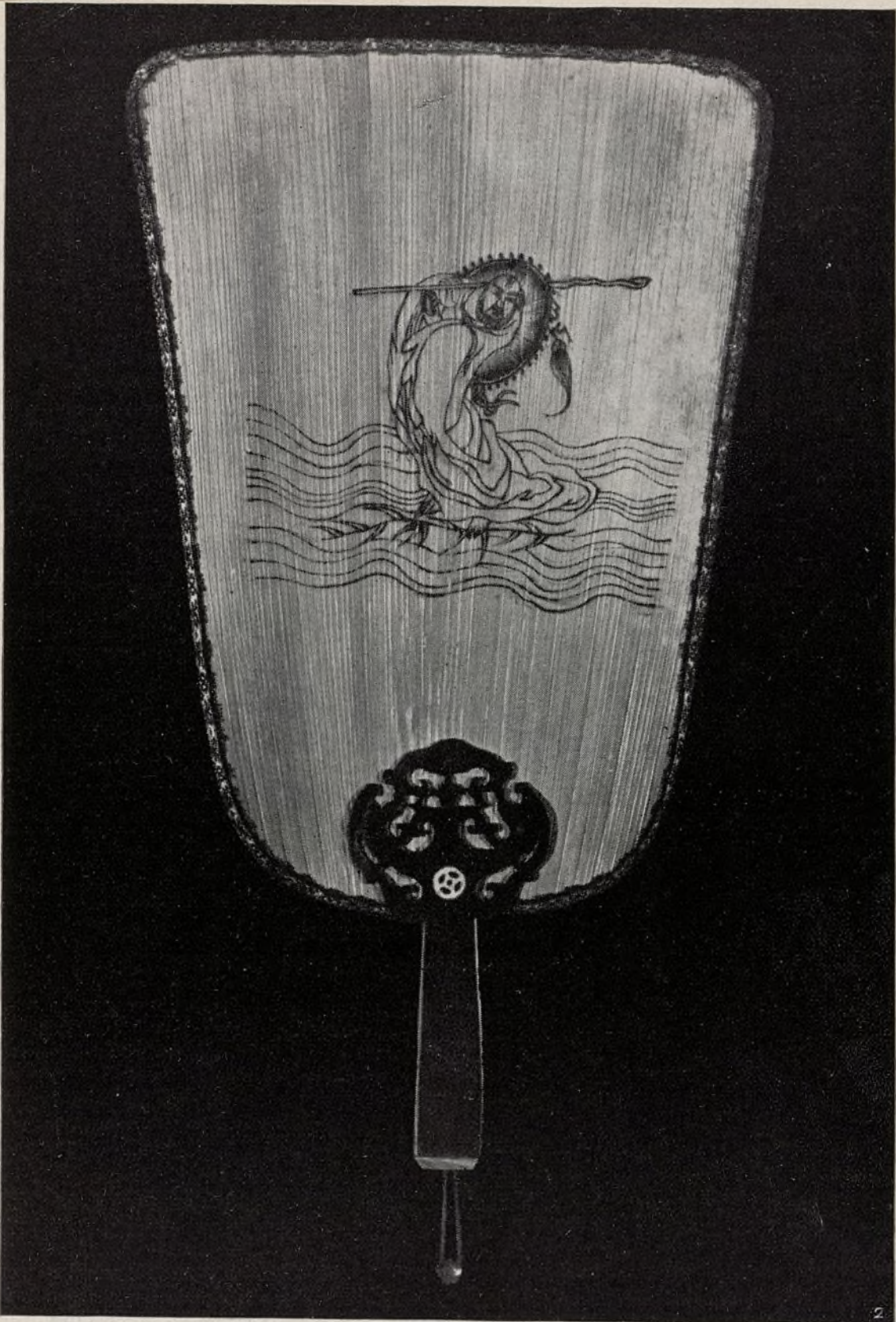
El galán que pasaba la calle sabía bien que cuando ella, asomándose al balcón, se abanicaba, quería decirle: "Espérame, que ahora salgo". Si en el salón ella, al entrar, cerraba ruidosamente su abanico, el visitante, cuya esperanza temblaba en disimulos, recibía el mensaje de que la dama no saldría de casa.

Y así, pasar el dedo por la varilla era: "Tenemos que hablar en seguida". Y jugar con un dedo entre las varillas pasando entre ellas la uña quería expresar: "Te quiero más que nunca", etc.

Asomándonos a la evocación de ese lenguaje misterioso, todo un mundo becqueriano remueve sus fantasmas entre los cipreses que guardan la sombra de una época lánguida y fina, enfermiza y noble, en el que el corazón gozaba más porque eran más cosas las que tenía prohibidas. Sólo piensa uno, irremediablemente, en qué hacía la mujer en invierno. Y entonces se piensa en cuán encantador sería escribir una crónica pueril, literaria y falsa sobre el lenguaje de los paraguas, por ejemplo.

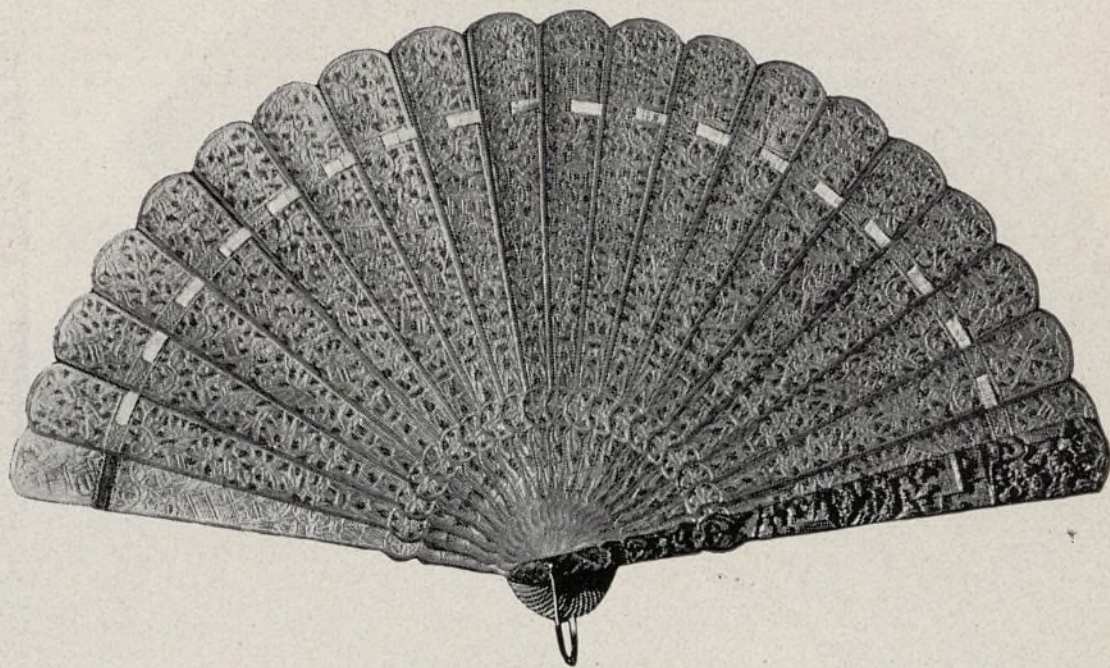
Que son los paraguas de mujer, en fin de cuentas, como monstruos que, al surgir la primavera, dejan escapar la mariposa de los abanicos de sus entrañas, dando vida a un ser alegre, inconsciente y fugaz, nacido para dos principales misiones: para dejar escribir sobre sus alas anagramas de amor y para ser olvidados en el fondo de los coches por esas mujeres que lo pierden todo antes que la cabeza...

CESAR GONZALEZ-RUANO



ABANICO CHINO, DE HOJA DE PALMA, CON MANGO DE CAREY. PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

ABANICO CHINO, DE SÁNDALO. PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX



La industria del abanico

En dos grandes sectores puede examinarse la industria del abanico: Extremo Oriente (China, Japón e India) y Europa, principalmente España, Francia, Italia y Austria. Como el tema es amplio y el espacio de que disponemos muy limitado, hemos de exponerlo a grandes rasgos.

En el Japón, como en China, el uso del abanico tiene un origen legendario. En el país de Confucio fué una princesa la que, agitando para airearse un antifaz en un baile de máscaras, sugirió la idea del abanico.

En el Imperio del Sol Naciente, y hacia el año 670, reinando el Emperador Tengi, un habitante de Tamba, observando cómo los murciélagos al volar plegaban y desplegaban las alas, tuvo la idea, según cuenta la tradición, de hacer abanicos con hojas unidas por un cordón. A estos abanicos se les denominó "kuwahori", que significaba murciélago.

Hay dos clases de abanicos en el Japón: los plegables, a los que ahora se designa con la voz "senzu", y los de paleta o rígidos ("pai-pai" en Filipinas), a los que se denomina "uchiwa".

Los plegables se fabrican en Kioto, Osaka, Owari y Tokio, siendo de esta última ciudad los más afamados. También de Tokio y de Nara son los mejores "uchiwa". Aún se conservan algunos de éstos, de exquisito gusto, obra de un monje y poeta llamado Gensei, que los hizo en el siglo XVII.

Para el varillaje, los japoneses emplean caña, marfil, concha, etc., y en el adorno, nácar, laca y coral. El "país" es casi siempre de papel, y lo decoran con dibujos representando pájaros y flores, y a veces con hojas de oro.

Para la fabricación de los rígidos emplean, en la paleta, seda o papel.

Igualmente se fabrican en China, desde hace varios siglos, ambas clases de abanicos, y utilizando para su adorno la pintura o el bordado, y en ocasiones se combinan los dos procedimientos. En algunos, el varillaje es de oro o plata, y en general, el abanico chino, por la fantasía en su adorno y su riqueza de colorido es una maravillosa obra de arte estimadísima por los coleccionistas.

Las principales fábricas están en Cantón, Nankín, Han-Chu y Su-Chan.

Son también notabilísimos por la delicadeza de su factura y la riqueza de sus adornos los abanicos de la India.

En Francia, la industria del abanico es de gran importancia, y consta que en 1714 estaba constituido un gremio de abaniqueros. En París y en el departamento del Oise, hay grandes manufacturas dedicadas a esta industria, dos de las más conocidas están enclavadas en Aubray y en Duvelleroy. Pasaba de 30 millones de francos el importe de la producción anual de abanicos antes de la guerra.

Italia tiene una producción abaniquera de alta calidad, pero limitada hasta el extremo de que importa de Francia y España.

En Austria se destaca como peculiar la fabricación de abanicos de lujo, de concha y plumas, y con país de piel de Rusia.

Respecto a España, casi puede circunscribirse esta industria a Valencia, aunque en algunas épocas ha habido fábricas en Barcelona, Málaga, Murcia y Calañas (Huelva).

En una documentada Memoria de D. Juan Reig Flores, publicada hace tres años por el ilustre académico D. Vicente Castañeda, se consignan interesantes datos sobre la industria abaniquera valenciana.

En el siglo XVIII se fabricaban de formas caprichosas, sin poderse abrir ni cerrar, o sea los llamados "ventalls", y ya a principios del XIX, en 1802, había en Valencia, en la plaza de Cañeros, una real fábrica de abanicos.

Pocos años después se usaron mucho abanicos, algo toscos, fabricados por Baltasar Talamantes y su hijo Antonio, y unos cuatro lustros después (hacia 1830) aparece el fabricante Puchol, y luego el que fué su competidor, Mateu, consolidan definitivamente esta industria en Valencia.

En aquella época se hacían los abanicos de madera de pino, que se llevaba de Cuenca, y se metía en agua dos o tres días antes de empezar a trabajarla. Como es natural, primero se hacían las varillas y luego se montaba el país de tela o papel. Por el tamaño se clasificaban los abanicos en "lufos", si tenían cinco o seis pulgadas de largo las guías, y "pericones", los de diez o doce.

Fué un francés, de apellido Simonet, el que mejoró la industria y la dotó de tales elementos que esta etapa pudiera considerarse como una segunda época. Asoció a su obra a los mejores industriales valencianos, entre ellos a Puchol (Gaspar) y Chafarandas. En vez de la madera de pino se empezó a usar la de peral y albaricoquero, de Silla, Picasent y Albocácer. Primero la fraccionaban los "aparejadores" y pasaba, sucesivamente, a los "aserradores", "escofinadores", o "pulidores", "tintoreros" y "enguadores", interviniendo los "chapadores", que ponían algunas piezas de adorno; "bruñidores" y, finalmente, los "claveteadores", nombres todos que indican claramente cuál era la labor de cada uno en la fabricación del varillaje del abanico.

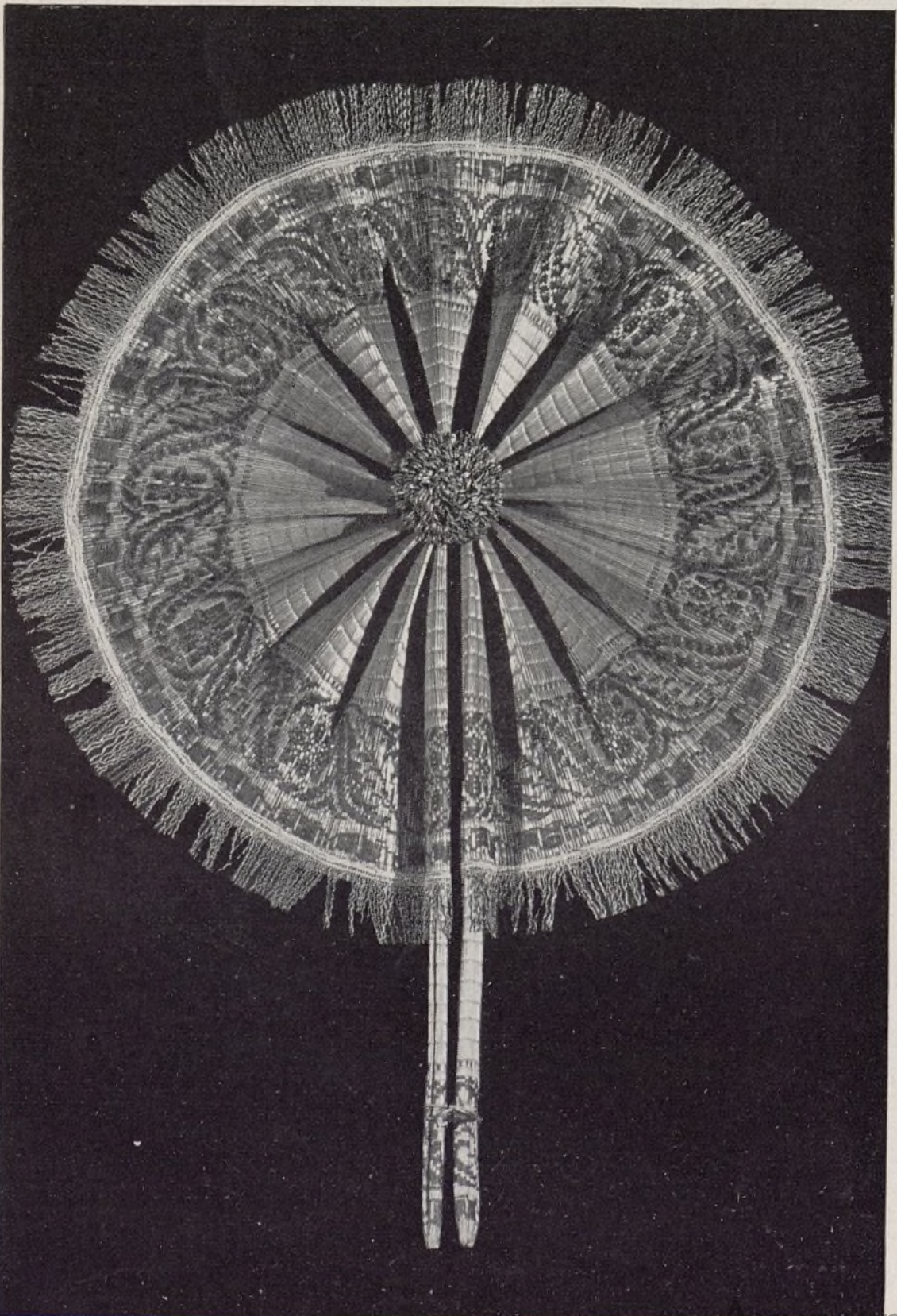
Las telas que se habían de montar se grababan por medio de planchas de cobre. Los pintores iluminaban las telas y, después de intervenir los "orladores", pasaba el abanico a manos de los "teladores", que lo concluían.

Ya a mediados del siglo pasado, la industria valenciana quedó consagrada en primer lugar en la fabricación del abanico de clase media. Por entonces, además del citado Simonet, lograron merecida reputación Montañal, Pedro Chara, Heraus y Coustelier.

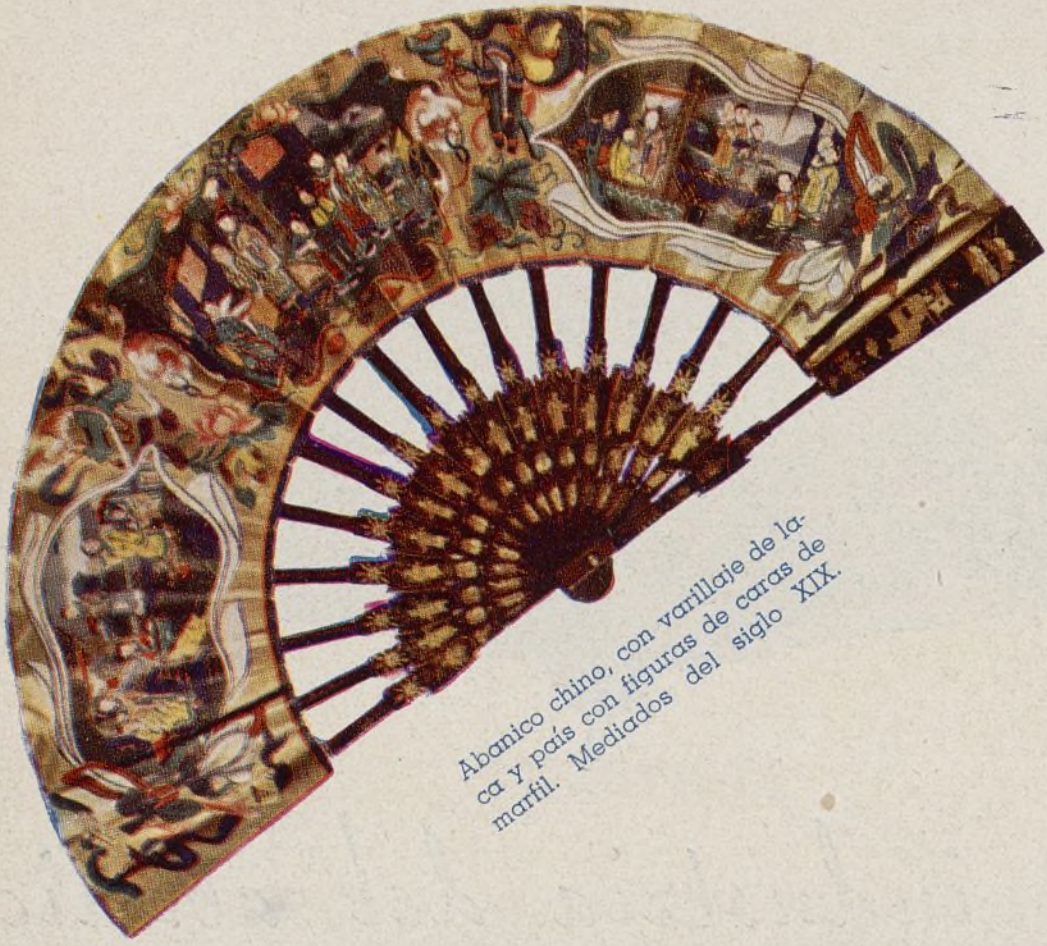
Con la ampliación del comercio de abanicos mediante el sistema de comisionistas, evoluciona la industria en cuestión hacia una tercera época, en la cual se ramifica y especializa cada una de las etapas del proceso de fabricación. Llegó ésta a su perfección mediante la nueva maquinaria que se importa y merced al progreso logrado en la fabricación del papel pintado y el empleo de maderas finas, como el ébano y el sándalo.

En este período se destacan varios nombres, que aún hoy subsisten, en la vanguardia de esta industria, como Bonell y, sobre todo, Colomina.

Seguramente pasan de 30.000 obreros los dedicados a esta industria, que en algunos años ha exportado cuatro o cinco millones de pesetas. Floreció durante los reinados de Isabel II y Alfonso XII y bajo la regencia de doña María Cristina. Por entonces, algunos pintores de mérito se dedicaron a pintar abanicos, y en lugar preferente de las vitrinas de los coleccionistas figuran los firmados por Horacio Lengo, Mariano Pedrero, Mirabent, Alejandro Riquer y Josefa Teixidor. Algún ejemplar del gran Mariano Fortuny alcanzó un precio exorbitante: de veinte a treinta mil pesetas. Es decir, una suma igual o superior a la que se han cotizado los más estimados abanicos que llevan la firma de Watteau. ARS



ABANICO INDIO, DE PAJA PLEGABLE. MEDIADOS DEL SIGLO XIX. (FOTOS ZEGRÍ)



Abanico chino, con varillaje de lacca y país con figuras de carac de marfil. Mediados del siglo XIX.



Abanico chino bordado y pintado con figuras con carac de marfil. Mediados del siglo XIX.



Abanico chino de plumas con mango de hueso. Mediados del siglo XIX.



Abanico chino de seda pintada con figura de mujer. Fines del siglo XVIII.



Abanico alfoncino, de los llamados "pericones", con varillaje de ébano y país de raso pintado, representando una "juerga toreta". (DE LA COLECCIÓN DEL S. R. S. REPRODUCCIONES FOTOGRÁFICAS DEL PROFESOR HUG. NORMAN)

el abanico

en el teatro



El abanico es para la mujer algo más que un instrumento para hacerse aire, como define la Academia; es un recurso hábilmente empleado para velar pudores, si se sienten, o fingir que se velan, si no existen: sutil cortina que se interpone entre las miradas ardientes de los ojos que admiran y el rostro admirado; confesonario discreto de los enamorados; tribunal de gustosa penitencia; arma de la coquetería diestramente esgrimida y a todo juego y en algunos casos empleada más a fondo, al cruzarle la cara a un insolente. Dígalo, como ejemplo histórico, aquel ministro fernandino a quien manos femeninas abofetearon y en cuyo lívido rostro se quebró el abanico de la ofendida dama. El abanico, por serlo todo, por decirlo todo, tiene, como las flores, su alma y su lenguaje. ¿Qué muchachita de los tiempos románticos no lo conocía? Entonces, cuando el país del abanico era tan lamentablemente frecuentado por los turistas de la poesía, los seudopoetas, que en él se refugiaban como si los amparase el derecho de asilo, el abanico era lo máspreciado para la mujer, y sabía de toda su expresiva elocuencia para manejarlo como convenía a sus intenciones. Hoy no necesita de sus buenos oficios: hoy el abanico es un jubilado más de nuestras costumbres. Sale poco a la calle. Algunas veces le vemos en el teatro, donde ha representado papeles de importancia, aunque no haya figurado en los repartos. Que no le olvidan las actrices, sus buenas compañeras, lo evidencian las fotografías que decoran estas páginas.

En las manos de María Fernanda Ladrón de Guevara mirad "El abanico de Lady Windsor", el abanico olvidado en una escena galante que pudo comprometer su prestigio de gran señora. Mas todo quedó a salvo, por fortuna. Lo dice la alegría de sus ojos. (Foto Rotophot.)

Ved aquí la majestad graciosa de "La duquesa gitana", representada por Carmen Díaz. Su abanico, extendidas sus alas, es como país abierto a la fantasía soñadora de esta dama de perfil goyesco, y es también como un discreto confidente de sus secretos. (Foto Walken.)

El abanico que luce Loreto es el de la abuelita, el mismo que le regaló su amado difunto el día de sus bodas. Es para sus recuerdos como una reliquia. Y por eso pocas veces lo saca del estuche. Ya le ha dicho a su nieta que, cuando cierre el ojo, se rá para ella. (Foto Zegri.)

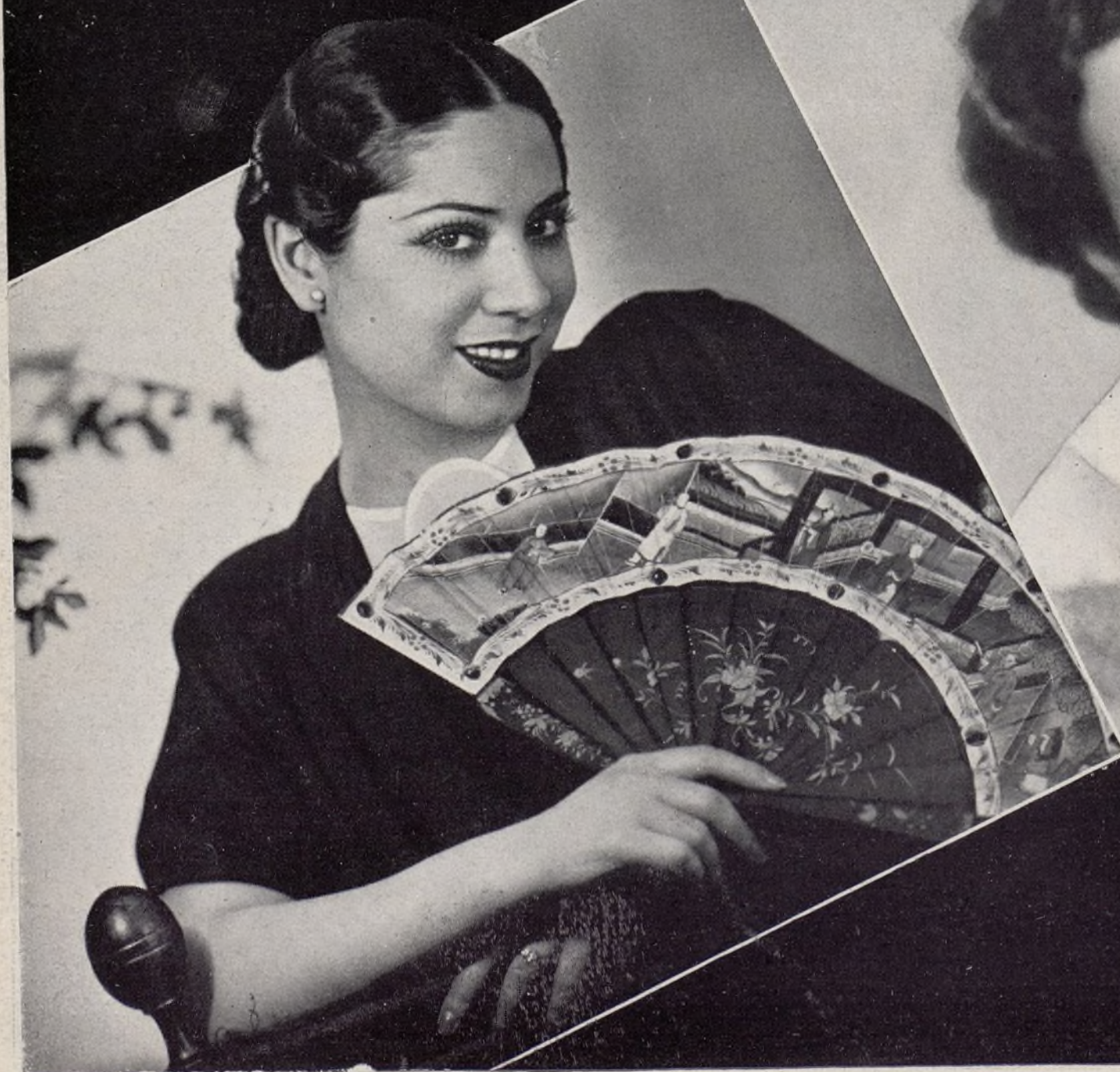




¡Pues no es nadie! "Mariquilla Te-
remoto". Una personilla de gracia
que trae revuelta a Sevilla. Usa el
abanico como tela de araña para
atrapar a los "moscones", entre
burlas y vayas. Y así la interpre-
ta María Bassó. (Fotografía Zegri.)

Elvira Noriega parece, por lo des-
confiado de su gesto, no fiar mu-
cho en las apasionadas palabras
de su galán. Los hombres son
tan embusteros... En fin, vaya
usted a saber... Se lo consulta-
rá al abanico. (Fcto Calvache.)

Por la celosía de su abanico, como emboscada para no ser vista, esta figura de comedia, personificada por Anita Adamuz, se recrea en la contemplación de su cortejo, que es todo un realismo. El no ha reparado; ha-
Está muy distraído; ha-
ta que ella le llama la
atención al decirle:
"¡Pero qué tontísimo
eres..!" (Foto Aida.)



Laura Pinillos exhibe el gran trofeo de la frivolidad. Es el abanico de plumas, ese magnífico abanico que decoraba y da "mucho aire" a la opereta, y que no carece de cierta pompa oriental. (Fotografía de Galán.)

La clara risa de Pepita Díaz Artigas. Su rostro se ha llenado de luz al oír los tiernos madrigales de "Un caballero español", melódica romántica que ha estremecido dulcemente su corazón. El abanico está en sus manos con aire de vencido. Capítulo también. (Fotografía de Sqüz.)

Repudrada tiene la sangre es-
ta Mari-Pepa de "La Revol-
tosa" por los desdenes de su
Felipe, pero ella también le
hace sufrir con su risa al-
borotada y loca, que es-
conde a veces tras el aba-
nico. Y esta Mari-Pepa
no puede ser más que
Selica Pérez Carpio.
(Fotografía de Zegri.)

Texto y epígrafes de FLORIDOR.



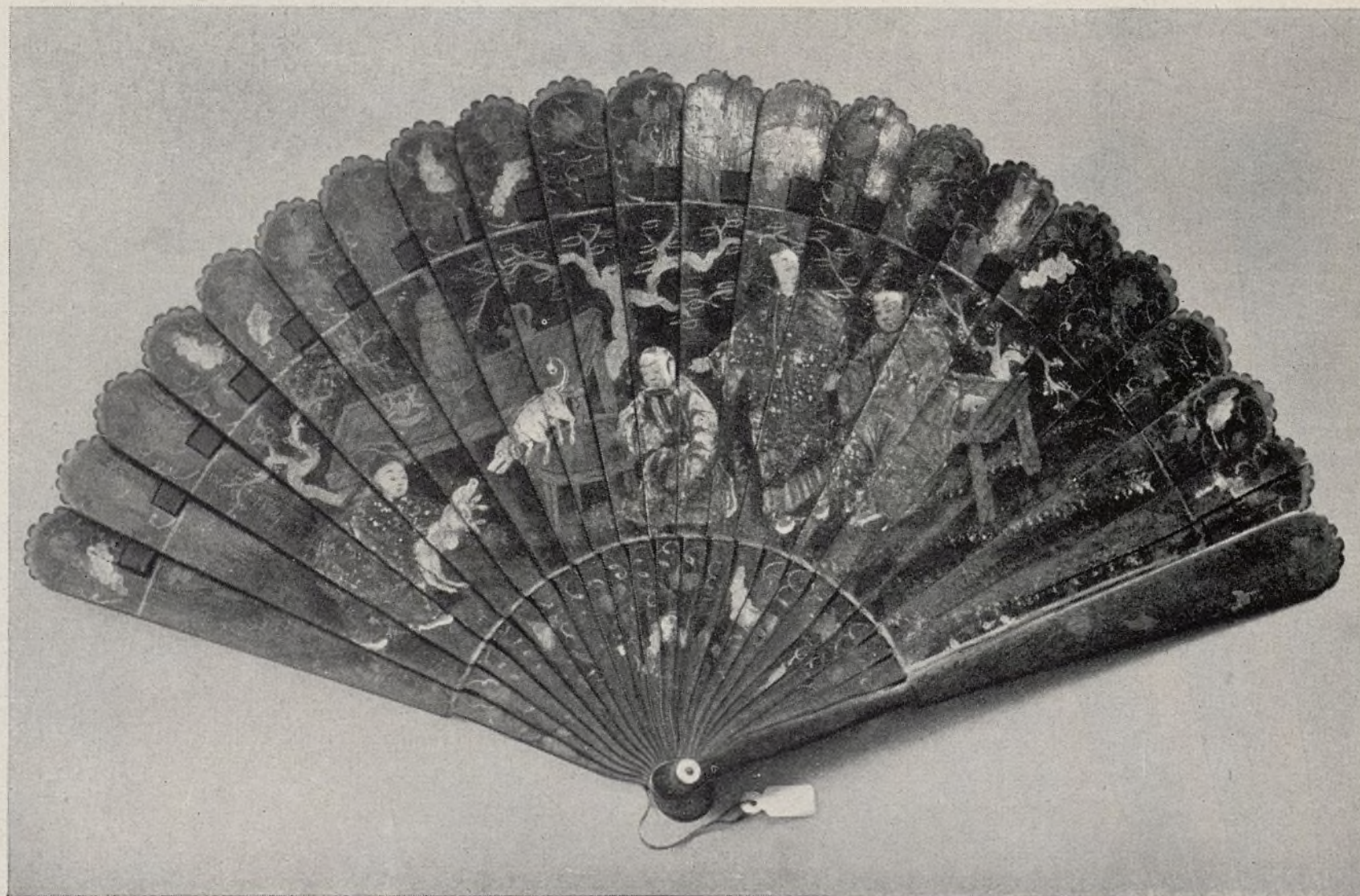
ABANICO CHINO DE PLUMA DE FAISÁN CON VARILLAJE DE MARFIL CALADO. LA PARTE SUPERIOR DE LA PLUMA, QUE FORMA EL PAISAJE, ESTÁ POLICROMADO CON PINTURAS DE ESMALTE Y PLATA; OSTENTANDO EN SU PARTE CENTRAL UN MEDALLÓN



ABANICO CHINO. VARILLAJE ENTERO DE LACA PRIMITIVA, DECORADO CON PINTURAS DE ESMALTE, REPRODUciendo ESCENAS DE COSTUMBRES Y JUEGOS PROPIOS DEL PAÍS, CON FIGURAS Y ANIMALES. ÚLTIMO TERCIO DEL SIGLO XVII O DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XVIII

ABANICO CHINO. VARILLAJE LARGO, DE MADERA DE SÁNDALO, CINCELADO Y CALADO. EL PAISAJE REPRODUCE ESCENAS Y COSTUMBRES CHINAS CON PROFUSIÓN DE FIGURAS CON TESTAS DE MARFIL. PRIMER TERCIO DEL SIGLO XIX

ABANICO ESPAÑOL: CON VARILLAJE DE MARFIL LABRADO Y APLICACIONES DE ORO. PAISAJE PINTADO, CON ASUNTOS CAMPESTRES. GUARDAS TÍPICAMENTE ESCULTURADAS Y DORADAS. SIGLO XVII



ABANICO JAPONÉS: VARILLAJE ENTERO DE MARFIL, POLICROMADO, DORADO Y CINCELADO. SIGLO XVIII. (FOTOS BRANGULI)

Una colección de abanicos en

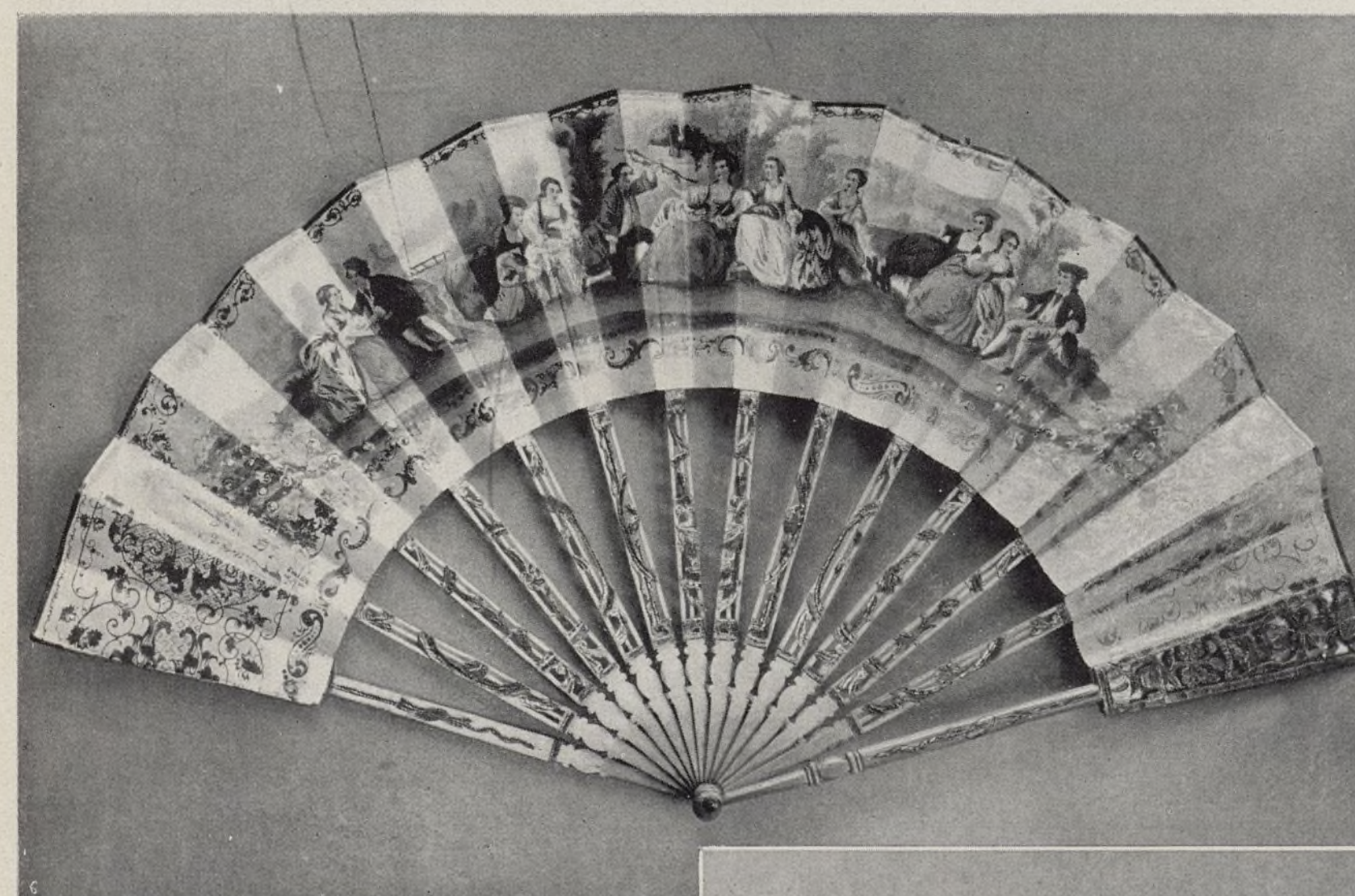
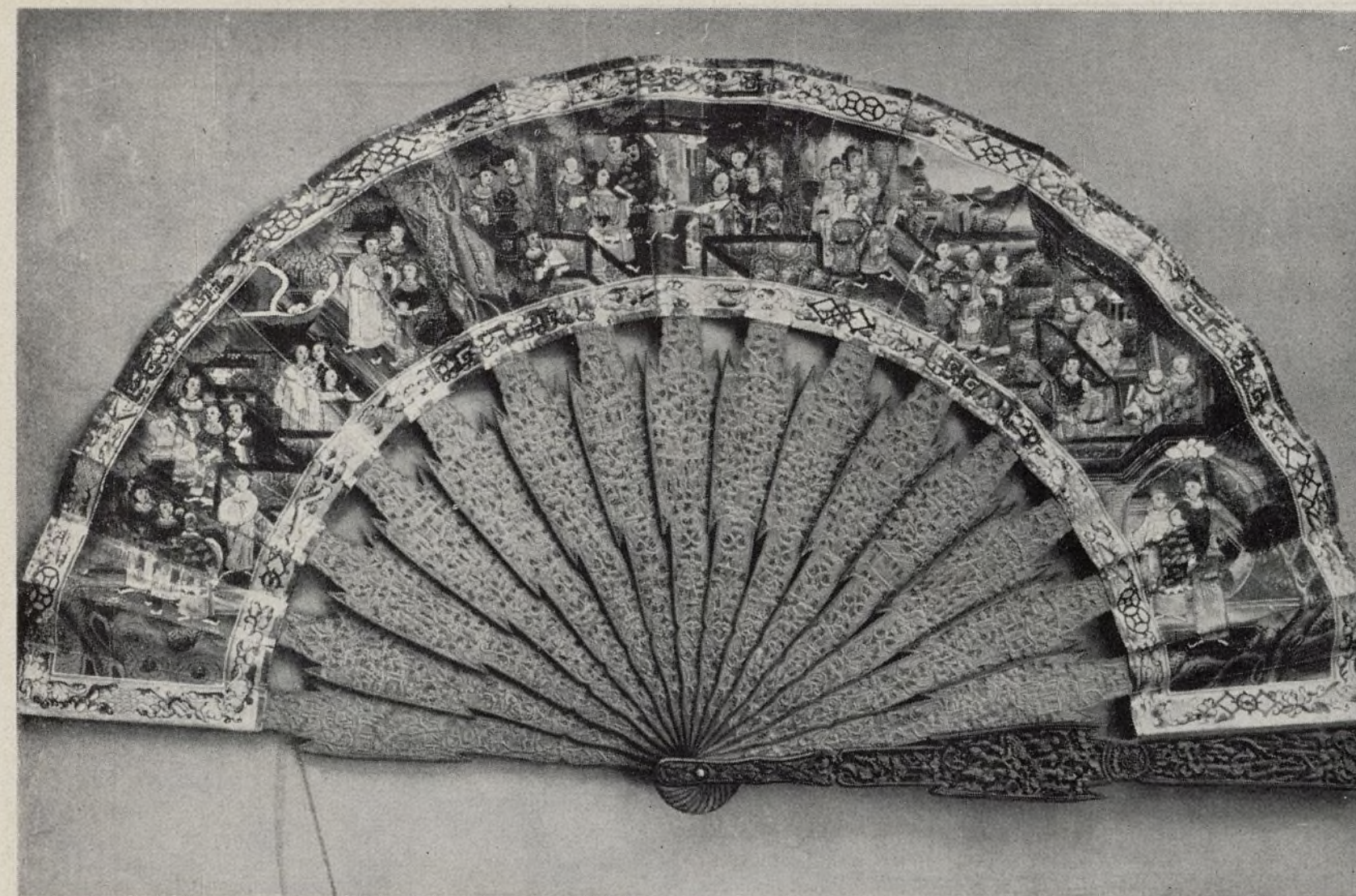
Como la fruta madura se desprende del árbol, surge del orden natural de las cosas que D. Carlos Pirozzini, uno de los artesanos de la Exposición Universal de 1888, tuviera el gusto de los abanicos, empleara tiempo y dinero en formar la colección que es ahora brillo para su casa barcelonesa, vecina del Parque de la Ciudadela. Uno y otros nos hablan, sin palabras, de unos días más blandos, repletos de menudas, pero nobles preocupaciones. Todavía en las calles y en los salones, las luces de gas. Todavía, llenando las calles, los motivos políticos, que no se habían enlodado aún con las separaciones de la gente por clases. Y todavía, hasta principios de nuestro siglo, al servicio de la frívola palpitación de la carne frágil, los abanicos. Solennes abanicos de plumas, abanicos de maderas olorosas que nos traían el recuerdo y la nostalgia de los países coloniales; abanicos de encajes o de seda, exhibiendo sus convencionales paisajes, en los que se daban cita las pastoras de Wateau o las japonesitas marfileñas, con el designio de imprimir a los paisajes sentido más estético...

Mientras el Sr. Pirozzini va desplegando cuidadosamente los abanicos de su colección, nosotros pensamos en la asombrosa transformación que en pocos años, treinta o cua-

renta, ha experimentado ante nuestros ojos el conjunto de la vida social. No es posible, ni lo pretendemos, decir de buenos a primeras cosas profundas sobre un tema ligero. Al abanico se le llama "vano" en catalán, y difícilmente se encontraría otra expresión más acertada para designar este adorno con el que las mujeres podían, cuando era suntuoso, completar una especie de cola de pavo real de vanidad inocente y, en casos diversos, utilizarlo como arma, para la defensa y para el ataque. Una gran parte de estos juegos han desaparecido o parecerían ahora tan gastados, tan flojos, como los juegos de prendas. Las mujeres han ido perdiendo, sin cesar, su importancia dentro de las casas, y ya ni siquiera hacen media u otras labores, porque les interesa más "ir de tiendas". La calle, los espectáculos, las atraen irresistiblemente, quizá también porque en los tiempos de crisis no se vende el paño en el arca, por bueno que sea, y el mercado matrimonial atraviesa una crisis profunda. Y la casa también las reclama cada vez menos, por lo que, sin considerarnos intérpretes materialistas de la Historia, no dejaremos de advertir la influencia que sobre la Historia ejerce la Economía. Ellas se enteran poco de los asuntos de sus padres o de sus maridos. La Compañía del

Gas las provee cómodamente de combustible, se hace luz con tocar un botón y de cualquier café le servirán un pollo asado eléctricamente o una repostería variada. ¿A qué se dedicaría dentro de la casa con ilusión y en qué emplear las horas que la mecánica dejó vacías? La calle las atrae, y no es buen lugar para los juegos del abanico. Andando por ahí van modificando su silueta, se van creando el tipo deportivo, al que le estorban muchas cosas, y entre ellas las faldas largas, los sombreros monumentales, y este arma, que venía a ser el abanico, para atacar y para defendense.

Pero no se deduzca que con el abanico ha desaparecido el romanticismo, que, si se nos permite insistir la cuestión, está ahora más extendido que nunca por el "cine" y la literatura barata. A las mujeres les cuesta convencerse de que si pueden ejercer en un momento una irresistible atracción sobre los hombres, esta sensación suele ser pasajera y, en definitiva, ellas les necesitan más que ellos a ellas. Por eso, si les parece inocente, faltar de atractivo, el ver sin mirar por entre las varillas del abanico, porque han aprendido a no disimular su curiosidad, si renunciaron a utilizarlo

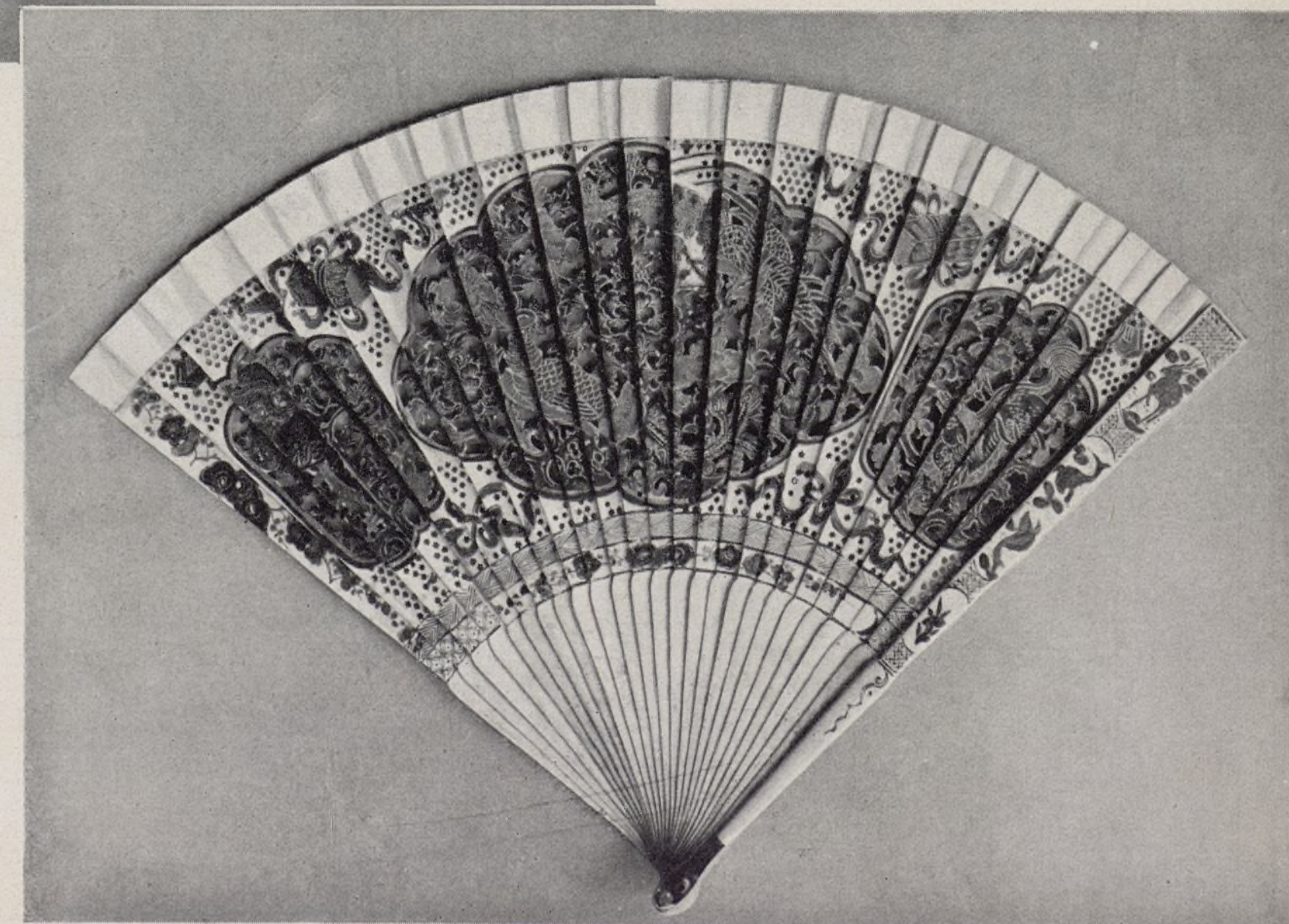


Barcelona

para ocultar el rubor que la pintura tapaba antes y ahora, porque no quieren ya ocultar que se pintan, la ola de lo romántico corre todavía alta y fuerte, y las mujeres cambian de medios, pero no pueden desistirse de sus sueños. Queremos decir que todas esperan al hombre—el gran egoísta—que ha de subordinar al de ellas su egoísmo. Y para atraerlo emplean la mayor parte de su vida persiguiendo una personalidad robustecida y superpuesta. A la tortura de la "distinción" sacrifican su pelo, su porte y sus emociones. Es preciso que su perfume sea distinguido, que sepa destacar en cada caso su individualidad, y lo que pudiera ser explicable en unas pocas mujeres colocadas en lugares privilegiados de nuestra sociedad es asombroso ver de qué modo ha ido extendiendo su influencia.

Pero seguramente nos desviamos demasiado lejos. Probablemente todo hubiera quedado dicho escribiendo que, aun cuando lo externo cambie, nada cambia, en el fondo, en la relación entre los hombres y las mujeres. Y uno de estos ampulosos y olvidados abanicos hubiera podido, con sólo que lo agitará una mano femenina, espantar como mosquitos impertinentes las palabras que sobaban, que eran, seguramente, casi todas.

PEDRO PUJOL



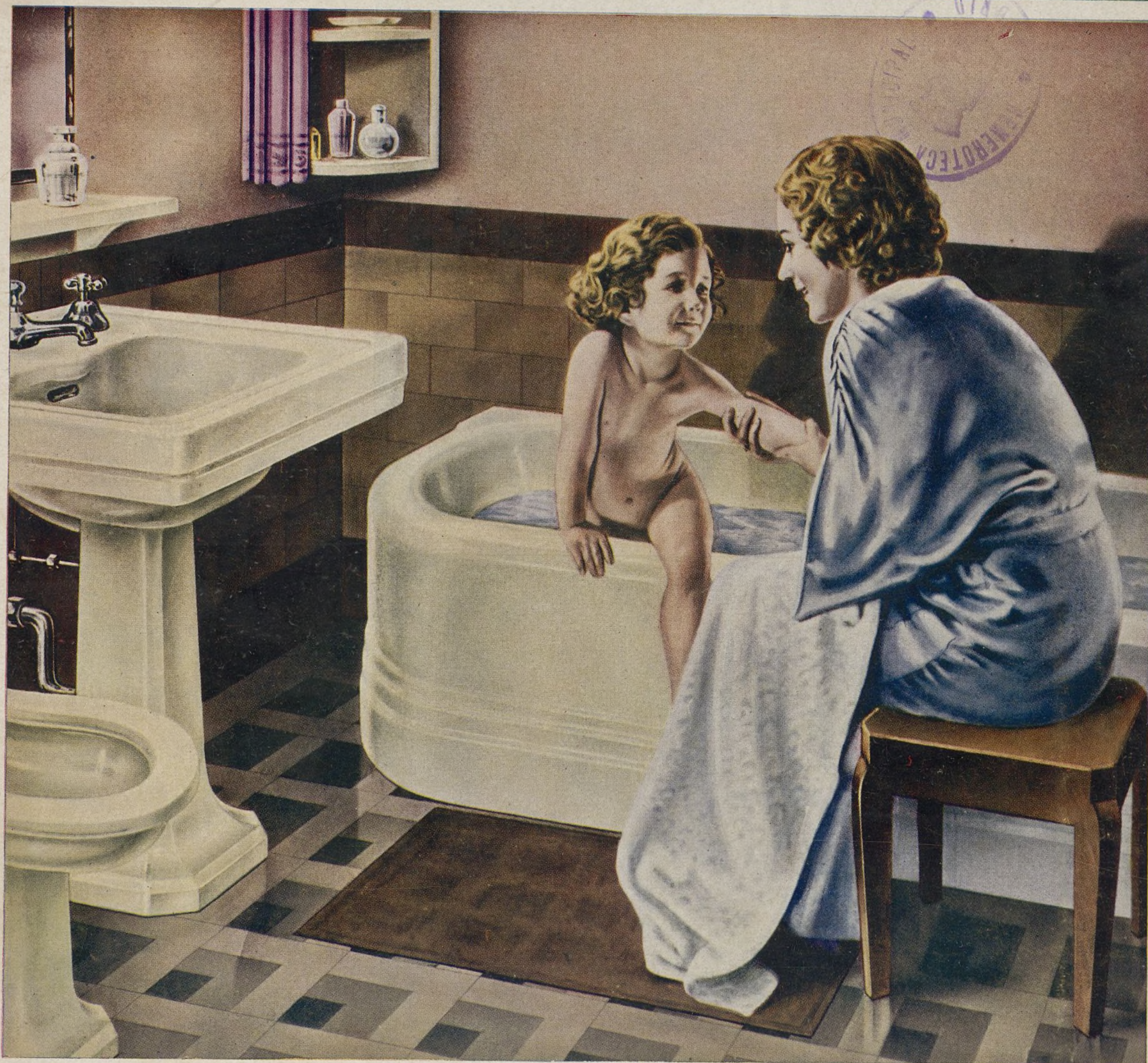
Ayuntamiento de Madrid



Galería artística de "Blanco y Negro"

D.ª Anselma Alejandrina Aurora Gesler de Lacroix.

RETRATO POR HENRIETTE BROWN (1865), QUE SE CONSERVA EN LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO
(REPRODUCCIÓN DEL PROF. EUG. NORMAN)



UN BAÑO A LA MODA "STANDARD" ENCANTA A PEQUEÑOS Y GRANDES

Los Aparatos Sanitarios

Standard
de **PORCELANA**

GRATIS

EL BAÑO
MODERNO

Para modernizar su
baño pida este
librito ilustrado de 16 pá-
ginas a todo color.



son hermosos muebles de estilo, que perduran ilimita-
damente con eterna apariencia de belleza y juventud.

Son sólidos, impenetrables, incrustables y rigurosamente sanitarios.
Se fabrican en blanco y también en varios hermosos colores por la

COMPANÍA ROCA-RADIADORES

Creadora de la Calefacción IDEAL CLASSIC

MADRID - Calle Mayor, 4 - P. de Gracia, 28 - BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid